

A.T.V.
3151

Polémica entre "El Liberal" y "La Gaceta del Norte"

EL PADRE LABURU EN LA BIOLOGÍA

POR EL

DR. J. GARATE



BILBAO
IMP., LIT. Y ENC. CASA DOCHAO
Correo, 19 y Gran Vía, 3
1930



A.T.U.
3151

A mi inteligente y simpática
amiga **R. Diazola**

J. Sarate



EL PADRE LABURU EN LA BIOLOGÍA

M-10641
R-4844

Polémica entre "El Liberal" y "La Gaceta del Norte"

EL PADRE LABURU EN LA BIOLOGÍA

POR EL

DR. J. GARATE



BILBAO

IMP., LIT. Y ENC. CASA DOCHAO

Correo, 19 y Gran Vía, 3

1930

Han transcurrido dos años desde la ruidosa polémica que insertamos íntegra sin más cambio que el de la palabra experimento por observación en las páginas 6 y 10, sustitución que no afecta en absoluto al fondo de aquella.

Agregamos los artículos que como comentario aparecieron en otros diarios y creemos no falta sino el de una publicación francesa, con cuyo título no hemos podido hacernos. Añadimos un epílogo aclarando ciertos puntos y explicando el término de aquella ruda lucha.

Este folleto no se pone a la venta, pues responde tan sólo a la petición de numerosas personas de todas clases y estados (quizá predominando las eclesiásticas), llevadas de su deseo de conocer completa la discusión.

J. GARATE.

Bilbao, mayo de 1930.

COMENTARIOS ACERCA DE UNA CONFERENCIA

EL PADRE LABURU Y LA BIOLOGÍA

Una invitación de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, de la que formamos parte, nos deparó el viernes pasado la ocasión de escuchar en el Instituto al padre Laburu, que actuaba ese día en el ciclo de conferencias organizado por aquella asociación científica. Lo sugestivo del tema de la conferencia, titulada «Psicofisiología comparada», y los insuperables elogios que la gran mayor parte de la prensa de la localidad tributaban al conferenciante—calificado insistente de *sabio biólogo*—, hizo que acudiéramos fuertemente espoleados por la curiosidad.

Entrando en el asunto de la conferencia, vamos a sentar por adelantado una afirmación: la de que no nos mueve, al hacer este comentario, sectarismo de ningún género. Queremos deslindar en el conferenciante su significación religiosa de su significación científica. Por sentimiento, no estamos alejados del conferenciante en la primera, pero claro está que esto no debe ser obstáculo para una serena crítica de la segunda.

Tres aspectos son dignos de ser analizados en la conferencia del padre Laburu: el de exposición, el de divulgación y el de originalidad.

El padre Laburu es un excelente expositor. Sin llegar a cimas de altura extraordinaria, y aunque algo afectado de forma, es un orador de palabra fácil, dicción clara y hasta brillante. Si no tuviéramos que analizar más que este aspecto tendríamos tan sólo motivos para aplaudirle.

Como divulgador, es decir, como exacto compendiador del estado actual de un problema de bibliografía no excesivamente extensa, como el del enunciado de la conferencia, nos pareció más que discutible.

La mayor parte de sus afirmaciones y experiencias pecaron de vul-

gares para la parte técnica del público, que era la invitadora del conferenciante; y no tenían otra disculpa que la de resultar bastante divertidas para el público no iniciado en estas materias. Así, por ejemplo, cuando nos habla del despotismo de las gallinas, entre las que una, A, puede picar a otra B, ésta a la C, y esta última, al parecer la más débil, revolverse insospechadamente, picando a la A, observación psicológica de antiguo conocida en los frontones y hoy en los campos de fútbol. Así, también, cuando relata la tiranía de estas mismas inocentes aves de corral, entre las cuales, de cien, es una picoteada por noventa y cuatro y *muy* picoteadora de las cinco restantes, hecho fácilmente explicable, sin recurrir a otras razones más profundas, por el conocido fenómeno de oposición entre intensidad y extensión. Así, por último, cuando describe la agudización de la lucha por la vida, si escasea la alimentación en un gallinero, sin mentar a quien sentó este principio, a Darwin, tan combatido como poco leído directamente.

Durante la conferencia, mientras el padre Laburu proyectaba el conocido experimento de hipnotizar unas ranas, un amigo que ocupaba asiento contiguo al nuestro nos refería cómo se frota con un dedo a las truchas situadas bajo una piedra para adormirlas, y cómo hipnotizaba a un cerdo frotando su vientre con una piedra. Nosotros le explicamos un proceder bien sencillo que usábamos en Heidelberg para hipnotizar las gallinas que habían de ser inyectadas con sarcoma de Peyton Rous.

En cambio, al lado de estas notas de excesiva vulgaridad, el conferenciante no hizo mención de la corriente más importante hoy día en psicología animal, la yanqui del behaviour o conductista, que aparece reseñada, por ejemplo, en *The minds of animals*, de Thompson, profesor de Aberdeen, de la que no puede hoy dejar de hablarse con el enunciado de aquel tema.

No comprendimos por qué, sin que interesaría al asunto de la conferencia, nos habló de eidesis, y, una vez en ello, no hiciera referencia a la única aplicación que podía interesar en este punto al público médico que le escuchaba: la división en los biotipos psicofísicos basedowoide y tetanoide que describe Jaensch, de Marburg an der Lahn, en su último libro.

Para el padre Laburu no hay sugerencia en el hipnotismo animal, porque los animales no entienden. Tampoco por esto podemos calificar de excelente la labor del conferenciante en el aspecto a que nos referimos, es decir, en el de compendiador. Hemos aprendido de Ziehen, en Halle an der Saale, que la sugestibilidad es la única particularidad común de todos los estados hipnóticos; esto mismo afirma y fundamenta en su libro «Psicología fisiológica», página 328. También para Grasset, nota-

ble autoridad en la materia, el estado de sugestibilidad constituye el único carácter específico de la hipnosis. Y esta es la doctrina que flota en la bibliografía. O hay que adoptarla o, si se emite otra, fundamentarla.

A parte del terror (cataplexia de Preyer), que el padre Laburu reconoció existe, es indudable que muchos animales entienden nuestros deseos. Porque muchos animales entienden nuestros deseos es por lo que son educables, algunos en grado avanzado. Hoy se diferencia cuidadosamente entre inteligencia o razón.

Habló de la teoría de la inhibición medular, de la que hoy no se acuerda nadie. Nos dijo que la hipertonia muscular es causa de la hipnosis, lo que es únicamente diferir la cuestión, sin resolverla; porque ¿qué es lo que produce la hipertonia?

Cometió también el padre Laburu algunos errores de terminología psicológica, a los que no nos referiremos porque constituyan, acaso, lapsus de dicción. Hemos diferido hasta hoy la publicación de estas líneas en espera de leer el *extracto autorizado* que *El Pueblo Vasco* anunciaaba para el domingo. Pasaremos esto por alto por no haber aparecido ese día el extracto anunciado, pero citaremos, a título de curiosidad, que el padre Laburu, a quien suponíamos consumado humanista, nos sorprendió con frases como *sensaciones cenestésicas* (*aisthesis, sensación*) y *pegar una percusión*, equivalente a *pegar una pegada*.

A parte estos detalles, y resumiendo el aspecto de compendiador del estado actual del asunto de la psicofisiología comparada, el padre Laburu realizó, como decimos, una labor, más que discutible, a veces vulgar y otras incompleta o errónea.

Y llegamos al aspecto más interesante de nuestra crítica, el de la originalidad. Nosotros no conocíamos, antes de oír al conferenciente, una sola aportación suya *original* al campo de la biología. Esperábamos que la conferencia nos demostrara lo contrario, porque en ninguna parte del mundo se califica de *sabio biólogo* a quien no haya imprimido algún avance, por poco que este avance signifique, al movimiento evolutivo de una materia, en este caso la biología.

El padre Laburu no dijo nada que no fuera conocido por quien esté un poco iniciado en la bibliografía del asunto. Nada hubo de nuevo, como no fuera la afirmación de que la hipnosis de las gallinas comienza por movimientos rítmicos de la cola. Oímos, en cambio, citar, con gran complacencia nuestra, al padre jesuíta Athanasius Kircher, de Fulda, en nuestra opinión el único jesuíta que queda en la historia de la biología, por sus libros «*Magnus sive de Arte Magnetica*» (1643), «*Scrutinium pestis*» (1658) y «*Physiologia Kircheriana*» (1680), siendo el primero

en hablar de los gusanos como agentes de la putrefacción y del contagio en la etiología de las infecciones.

Es preciso que vayamos aprendiendo a adjetivar, si no queremos, por agotar las alabanzas arbitrariamente, carecer en el momento oportuno de calificativos con los que poder encomiar a los que han contribuido con sus aportaciones originales a la formación del actual cuerpo de doctrina de la biología. Si empezamos por rodear de aureola de sabio biólogo a quien no lo es, nos van a faltar adjetivos para quienes lo son.

Decíamos al comienzo de estas líneas que queríamos deslindar la doble personalidad de eclesiástico y de científico en el conferenciente, porque no nos movía, al escribirlas, ningún sectarismo. Nos permitimos suplicar este desdoblamiento de la personalidad a los críticos de nuestra Prensa, demasiado predisposta a llamar *sabios biólogos* a quienes no son sino vulgarizadores que frecuentemente no han hecho en biología *experimental* más que coloraciones por el azul de metileno, aunque sean principes de la Iglesia y vengan invitados por la Junta de Cultura Vasca, mucho mejor orientada en otros períodos hoy tan combatidos.

DR. JUSTO GARATE.

.....

"La Gaceta del Norte", 21 de febrero

A PROPÓSITO DE UN INEXACTO RELATO DE LA ULTIMA CONFERENCIA DEL PADRE LABURU

Sr. Director de *La Gaceta del Norte*.

Muy señor mío:

He esperado, vanamente, unos días, la contestación adecuada que plumas competentes podían haber dado al comentario que en *El Liberal* del 15 de los corrientes publicó el doctor Justo Garate a la conferencia del P. Laburu, explicada en el paraninfo del Instituto por invitación de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao.

No habiendo, pues, quien se haya molestado en rectificar el injusto relato del doctor Justo, ruego a usted, señor director, se digne acoger en su diario la modesta audición de este lego en la materia de la conferencia, pero leal en la repetición de la esencia de la misma, sobre todo en los extremos tocados por el citado doctor Justo.

De usted affmo., JUAN GONZÁLEZ GARCÍA.

Ante todo, doctor Justo, he de manifestarle mi ayuno en bibliografía biológica. Yo no puedo citar, como usted, nombres alemanes e ingleses para arrojarlos en un diario popular a los inocentes lectores, con el propósito de hacerles abrir desmesuradamente los ojos de admiración. En su lugar, hubiera preferido la revista especializada para el comentario especializado, y procediendo así la hubiera usted purificado de ese tufillo de secta que desde el principio de su artículo nos da en las narices, aun con el solemne abono en contra de su declaración liminar.

Porque este servidor de usted, doctor admirado, entendió lo dicho

por el P. Laburu de una manera muy distinta a la suya, bien por haberle escuchado con solícita atención, limpia de toda influencia bibliófila y maniquea, o bien por haber tenido la suerte de no hallarnos con un amigo hipnotizador de cerdos a frotación pétrea, que nos distrajese durante el curso de la conferencia.

De lo contrario, no comprendo cómo cita usted las experiencias con las gallinas (que el P. Laburu nos dijo honradamente eran de Scheldempp-Ebb, quien desde hace veinticinco años las sigue pacientemente para aportar cuanto pueda a la psicofisiología comparada), para decirnos con toda la solemnidad de un doctor que ha experimentado en Heidelberg, «que es una observación psicológica de antiguo conocida en los frontones y hoy en los campos de futbol», sin declarar lealmente la intención del P. Laburu, quien deducía de la ley del picotazo y la audacia la triste comparación, para nosotros humanos, de ser movidos socialmente, como las pobres aves de corral, por un psicofisiologismo inferior, en el cual desgraciadamente no interviene el factor humano de diferenciación psicofisiológica que nos concede patente de hombres, de entes superiores, el carácter.

La explicación que usted descubre «de antiguo» a las experiencias de Scheldempp con las aves de corral, no es otra que la maravillosa del huevo de Colón, aplicada al caso. Usted se explica, con enorme facilidad, las experiencias ajenas, quizás sin reparar que esas ajenas experiencias buscan como fin útil el iluminar un ámbito oscuro o poco claro en una rama de la ciencia especializada, y no el deslumbrar a cándidos lectores con achaques de zahorí.

¿Que el P. Laburu dió esas notas de excesiva vulgaridad, como usted dice, sin hacer mención de la corriente más importante de hoy día en la «psicología animal»: la conductista de Thompson, por ejemplo, en su «Inteligencia de los animales», sin cuya corriente no puede hoy acreditarse en serio, de biólogo, quien no la cite en una conferencia cual la anunciada por el Padre?

Está visto, Justo doctor, que ha de ser usted precisamente quien conceda con sus extensos conocimientos patente de situación y orientación a quien se atreva a modificar la disciplina que con toda modestia y sencillez sigue el P. Laburu. Corriendo el riesgo además, de que aun habiendo citado a Thompson hubiera podido usted tacharle de vulgar, porque así era su designio. Nadie se lo hubiera impedido. Köhler, citado por el digno sacerdote, en sus experiencias con monos en Canarias, no tiene la suficiente autoridad para el doctor Justo, aun cuando su último libro, sobre «psicología animal» precisamente, haya obtenido una resonancia extraordinaria en los Estados Unidos, entre los sabios del tipo

Thompson precisamente, obligándoles a rectificar audacias de interpretación que nuestra saltarina mente humana nos suele producir en la observación de cualquier fenómeno natural.

En cuanto al hipnotismo en los animales, creemos con el P. Laburu que no alcanzan ese estado sino por el terror y no por la sugestión, ya que para esta actitud es preciso hallarse dotado de un psicofisiologismo superior, del que carecen los irracionales, según claramente ha demostrado el mismo Köhler. Así, aun cuando usted haya aprendido en Ziehen y en Grasset que el estado de sugestibilidad constituye el único carácter específico en la hipnosis, nosotros seguimos creyendo que esa sugestibilidad, con el nombre de tal, sólo se da en los casos de inteligencia superior, de raciocinio, donde la dejación de voluntad se produce precisamente por una disposición de la mente.

En conferencias anteriores del mismo P. Laburu hemos oído razones en este sentido que acreditan, con debido fundamento, ese extremo, que es de lamentar no haya escuchado el doctor Justo.

Dice usted, doctor, que el P. Laburu «no dijo nada que no fuera conocido por quien esté un poco iniciado en la bibliografía del asunto». Y descubre usted, mi señor doctor, «que nada hubo de nuevo, como no fuera la afirmación de que la hipnosis en las gallinas comienza por movimientos rítmicos en la cola».

Eso será nuevo para usted, doctor que no para mí, que, profano y todo, lo he experimentado con mis gallinas antes de oírlo confirmado por nuestro P. Laburu.

No sea usted guasón, amigo Garate, ni se atreva a formular afirmaciones por su cuenta, que, con bibliografía y todo, le puedan acarrear a usted un serio descrédito científico.

Que hasta mi amigo Chomin, el herrero, ha hecho tales experiencias con las inocentes aves, habiendo observado exactamente los mismos fenómenos que dejan a usted boquiabierto.

El P. Laburu, como Musset, aun cuando sea pequeño su vaso, bebe en él, sin repudiar los mayores que se le tienden con ademanes solemnes. Su posición científica, a fuer de experimental, es pragmática, antipedante. Bien sabe él, y así nos lo manifestó al comenzar su conferencia contestando al saludo de presentación del digno doctor Mendaza, quien le calificó, con toda cortesía, de «sabio biólogo»—pobre mote que tanto ha molestado a usted, mi Justo doctor—, bien sabe él, repito, que un solo punto de avance en una materia cualquiera especializada, es causa de emoción para quien lo descubre, causa a veces de darle renombre de sabio, y causa para curarle de la vanidad de aceptar aquel punto alcanzado como explicador de todos los enigmas del Universo.

A aquella adquisición se sabe que, generalmente, sigue una nueva experiencia que pueda rectificarla, destruirla, o aceptar una pequeña parte cuyo enunciado pudiera hacerse en dos segundos.

No existe labor original de ningún sabio que no pueda expresarse debidamente extractada en diez minutos. Nadie puede hablar una hora seguida sin interpolar a su obra original una buena dosis de compilación. ¿Y quiere usted que el P. Laburu nos haga ese milagro?

Su aporte personal, si le sigue usted de cerca, podrá verlo si lo mira con buena fe y dejando a un lado su título oceanográfico, pero de todos modos doctores tiene Bilbao, tiene España, que sabrán responderle a usted mejor que éste, para usted desdeñable,

JUAN GONZÁLEZ GARCÍA.

LA BIOLOGÍA Y EL PADRE LABURU

Cuando ya algún diario madrileño suponía al padre Laburu en trance de presentar su dimisión de sabio biólogo, surge en las columnas de *La Gaceta del Norte* un Juan González García defendiendo la sabiduría que discutíamos en nuestro artículo anterior. No sabemos quien es este Juan González García, que se confiesa *lego*, aunque parece padre; pero lamentamos que nuestro contradictor comience por declarar hallarse «ayuno en bibliografía biológica» y demuestre, en cambio, tanta habilidad en las malas artes de la insidia y del retruécano. Creíamos haber hecho en nuestro artículo anterior una crítica objetiva y serena y esperábamos que, de discutirse nuestras apreciaciones, seríamos replicados por gente documentada y seria.

Comienza el articulista por reprocharnos el haber acudido con nuestra crítica a la Prensa diaria, olvidando que la conferencia tuvo un carácter público, por expreso deseo del conferenciante, y que fué acompañada —como todas sus conferencias—de una formidable propaganda y de una exagerada apreciación por parte de los diarios locales. No nos explicamos por qué ha de negarse a la crítica adversa la misma publicidad que se concede a la elogiosa.

Para evitar habilosas desviaciones de la controversia, vamos a recordar las ideas fundamentales de nuestro artículo anterior. Tres aspectos analizábamos en la conferencia del padre Laburu: el de orador, el de compendiador y el de investigador. Sacábamos de este examen la conclusión de que el padre Laburu es un orador, aunque afectado, bastante brillante, un compendiador más que mediano y un investigador nulo, que no ha aportado un átomo de originalidad al enorme cúmulo de los conocimientos biológicos. ¿Qué rectificaciones se oponen a estas conclusiones nuestras? Veámoslo.

A nuestras favorables apreciaciones como orador, nada se nos objeta. Agradó, sin duda, el elogio.

En cuanto al aspecto de compendiador, varias de nuestras afirmaciones críticas, ni siquiera han sido discutidas: su cita del eidetismo, fuera de lugar y muy incompleta, la anacrónica mención de la inhibición molar y la pretendida explicación del hipnotismo por la hipertonía muscular. Estudiemos ahora los puntos en que nuestro contradictor se ha detenido.

Las experiencias en las aves.—Nos parecieron vulgares y las calificamos de tales para censurar que se las dedicara tanta atención e importancia. El propio Juan González García extrema lo vulgar de las experiencias al decir—queriendo ser gracioso—que hasta Chomin el herrero las practica.

La doctrina conductista.—Juan González García es capaz de desacreditar a cualquiera. No ha entendido una afirmación bien clara de nuestro artículo. Dijimos que el padre Laburu no hizo mención de la corriente más importante en psicología animal, la conductista yanqui, reseñada, por ejemplo, por Thompson. Pero González, tomando el rábano por las hojas, atribuye a Thompson la paternidad de la doctrina conductista. Sin comentarios.

La inteligencia en los animales.—El padre Laburu nos dijo taxativamente en su conferencia que los animales no entienden, y en *La Gaceta* se les concede inteligencia, pasándose con ello a nuestro bando el pretendido contradictor.

La sugestibilidad en los animales.—Dijimos que el padre Laburu calificó de inexacta la doctrina hoy más universalmente aceptada que considera a la sugestión como el carácter común y específico de la hipnosis. Se nos cita ahora a Köhler como opinión excepcionalmente contraria al criterio dominante. Repetimos nuestra afirmación anterior: para ser un buen compendiador hay que seguir la opinión dominante, o, si se acepta otra, fundamentarla, cosa que ni entonces ni ahora se ha sabido hacer.

El terror en los animales.—Nuevamente se contradicen el padre Laburu y su defensa. Rechazó aquél el terror como causa de la hipnosis animal, fundándose en el diverso comportamiento de los animales domésticos y salvajes. En la réplica se dice «que los animales no alcanzan el estado de hipnotismo, sino por el terror». ¿En qué quedamos?

Como se vé, ninguna de nuestras objeciones a la labor de compendiador del padre Laburu ha sido seriamente discutida, y menos refutada. Lo menos que puede exigirse a quien viene repitiendo durante años la misma conferencia por todas partes es un exacto conocimiento de las ac-

tuales orientaciones de un problema tan concreto como el de la hipnosis animal.

Al lado de esto, el padre Laburu incurrió en graves errores en cuestiones elementales de psicología, a los que no quisimos referirnos en nuestro artículo anterior, como el de confundir la sensación con su representación—error mayúsculo—y quinestesia con cenestesia, que es totalmente distinto. ¿Puede calificarse siquiera de culto divulgador a quien comete tamaños errores?

Y llegamos al análisis de su personalidad de investigador. Exponímos que ni antes ni después de su conferencia llegamos a conocer ninguna aportación original del padre Laburu al campo de la Biología. ¿Qué nos objeta nuestro contradictor a esta afirmación, la más importante de nuestra crítica?

El padre Laburu, en tono solemne, citó como observación original suya el hecho de que la hipnosis de las gallinas comienza por movimientos de la cola; pero Juan González García nos descubre que este hecho —cuya originalidad aceptamos en un afán de concesiones—es del conocimiento más vulgar, negando con ello al padre Laburu lo único original que se arrogara durante todo el curso de la conferencia. «Ya sabe él—dice *La Gaceta* refiriéndose al padre Laburu—que un solo punto de avance en una materia cualquiera es causa de emoción para quien lo descubre, causa a veces de darle nombre de sabio». ¿Con qué motivo ha sentido el padre Laburu esa emoción, de la que también nos hablara *modestamente* en su conferencia? ¿Cuál es ese punto de avance que debe la Biología al padre Laburu?

«Nadie puede hablar una hora seguida—añade *La Gaceta*—sin interpolar a su obra original una buena dosis de compilación.» Nadie que sea titulado sabio—diríamos nosotros—debe hablar una hora seguida de mediana compilación sin interpolar una sola observación original.

Esperamos que los doctores cuya llegada se anuncia nos demuestren que el padre Laburu es, como investigador en Biología, algo más que un vulgar Juan González García.

DR. JUSTO GARATE.



EL PADRE LABURU, EL DOCTOR MARAÑÓN Y EL SEÑOR DE "EL LIBERAL"

De cómo se demuestra que los periodistas no siempre ponemos a humo de pajas los calificativos : :

Dos palabras para orientar al lector.

La Academia de Ciencias Médicas de Bilbao invitó hace unos días al insigne Padre Laburu a dar una conferencia. La dió, fué muy aplaudido y felicitado, publicamos una modestísima referencia del acto y dimos, con ello, por cumplida nuestra misión de informadores.

De pronto, surge en las columnas de *El Liberal* un señor que, a vueltas de hacer protestas de que no le guía en el ataque el menor prejuicio doctrinal ni filosófico, arremete contra el P. Laburu. Silencio, por nuestra parte. Nuestra ignorancia absoluta de la Biología nos privaba de armas para la defensa, aunque advertimos, porque para eso sí que no hace falta ser biólogos sino simplemente hombres avezados a esta lucha de todos los días y de todos los momentos, que a lo que se tiraba era a ver si se podía deshacer un sólido prestigio científico por la poderosa razón de vestir sotana y la más altísima de anudarse sobre ella la faja del jesuíta.

Pero he aquí que turba nuestro voluntario silencio la carta de un oyente de la conferencia del Padre Laburu. Protestaba en ella de que en *El Liberal* se hubiesen atribuido caprichosamente al ilustre conferenciante afirmaciones que no había hecho para deducir así, con la facilidad que es de suponer, las consecuencias que convenían al señor encargado de decir ja estas alturas! que el Padre Laburu no sabe lo que se trae entre manos en materia de Biología. Esto ya era grave y merecía la hospitali-

dad de nuestras columnas. Un hombre de ciencia puede disentir de la opinión de otro, puede y debe, si honradamente cree que está equivocado, rebatir sus errores. Lo que no se puede hacer nunca es atribuirse los graciosamente por el placer de ganar cómodamente una victoria. Eso es excesivo por mucho que se lamente que un jesuíta dedique su talento y su tiempo al estudio, y, en plena juventud, dé días de gloria a su Orden y a su Patria.

Replica el señor de *El Liberal*.

¿Por qué se «ha metido» él con el Padre Laburu? Porque no puede tolerarse con calma que los periodistas, que no sabemos una palabra de Biología, llamemos en nuestras reseñas el «sabio jesuíta» o el «ilustre conferenciante» al Padre Laburu. Esto, y no un innecesario y poco elegante prurito de exhibición, es lo que le ha llevado a verter en las columnas de *El Liberal* su diatriba.

¿Qué es eso de calificar de ese modo al Padre Laburu, cuando *ni siquiera se le puede calificar de culto divulgador*?

¿Qué es eso de presentarnos al Padre Laburu como un hombre de ciencia, cuando *ya algún diario madrileño suponía al Padre Laburu en trance de presentar su dimisión de sabio biólogo*?

Como se vé, para este señor de *El Liberal* cuando se trata de restar al Padre Laburu todo mérito científico, valen las opiniones de los diarios. Para lo contrario, son recusables.

* * *

Sin embargo, vamos a demostrar al señor de *El Liberal* que esta vez, al menos, hemos ido en buena compañía, y que no se nos ha corrido la pluma en el elogio.

Concretemos.

¿Es para *El Liberal* un excelente biólogo el Dr. Marañón?... ¿Es sincero, a juicio de *El Liberal*, el Dr. Marañón, cuando expone ante el público, en discursos o en libros y revistas, sus opiniones acerca del valor científico de una persona y de su obra?

¿Sí? ¿Lo es?

Pues vamos, entonces, a ver qué opina Marañón de una de las obras del Padre Laburu, titulada *Manual Teórico-Práctico de Citología General e Histología animal*. Aparece el juicio crítico firmado por el Dr. Marañón en la revista clínica de Madrid *El Siglo Médico*, y dice así:

«Con verdadera satisfacción damos cuenta de la aparición de este interesante Manual que continúa la serie de libros de Ciencia, que estos últimos años se vienen publicando, y que si no todavía por el número, al menos por la calidad aislada de cada uno, demuestran el rápido as-

censo de nuestro nivel cultural, ya muy próximo en muchas de estas publicaciones al de los grandes Centros científicos del mundo.

(Ya lo vé el señor de *El Liberal*. Libros como este del Padre Laburu, a juicio no de pobres e indoctos periodistas, sino de eminentes científicas tan positivas como Marañón demuestran el *rápido ascenso de nuestro nivel cultural* y nos acercan *al de los grandes Centros científicos del mundo*. Sigamos, sigamos copiando a Marañón.)

«La obra del Padre Laburu, autor de importantes contribuciones de histología y biología celular (conviene que se fije el señor de *El Liberal*: *autor de IMPORTANTES contribuciones de histología y biología celular*) es un perfecto libro didáctico, en el que claramente se aprecia que la concisión está extraída de una vasta cultura perfectamente elaborada y sedimentada: es bien sabido que en esto estriba la dificultad, raramente vencida, de los libros didácticos, que de ordinario fluctúan entre la brevedad raquítica, expresión de la insuficiencia de conocimientos o el desordenado y confuso exceso de datos.

»Se divide en tres partes la obra que comentamos. Estudia el autor en la primera la *citología* (estructura y fisiología celular) y puede calificarse de admirable, (¿se fija bien el señor de *El Liberal*? *De admirable*) por la claridad, el método y hasta por la acertada elección de las figuras. Creemos que las personas que necesiten una cultura somera pero exacta de este asunto, difficilmente encontrarán una información que supere a esta. (No somos nosotros sino el Dr. Marañón quien sostiene la dificultad de encontrar una información que supere, en la materia a la del Padre Laburu). Aun a los no iniciados en cuestiones biológicas les será fácil, en la obra del Padre Laburu este aprendizaje. (¡Extraña afirmación del doctor Marañón cuando el señor de *El Liberal* nos dice que *no puede calificarse siquiera de culto divulgador* al Padre Laburu!).

«En la segunda parte hace una exposición de la *histología*, también perfecta. Cualquiera de los capítulos (véanse por ejemplo los dedicados a la sangre y al tejido nervioso) son verdaderos modelos de precisión. (Insistimos en que no somos nosotros, modestos periodistas, sino el doctor Marañón quien llama *verdaderos modelos de precisión* a esos capítulos y califica de *perfecta* la exposición de la *histología* que hace en su *Manual* el Padre Laburu).

»En la parte última expone la *técnica microscópica* (general, citológica e histórica) con esa claridad que da el dominio personal de los métodos. (¿Está claro? Dominio PERSONAL de los métodos).

»Para que todo sea loable en este libro, (¡Todo loable en el libro del Padre Laburu, señor de *El Liberal*!) lo es también la cuidada edición, la abundancia y utilidad de las figuras (ya personales, ya recogidas de va-

rios autores entre los que da preferencia a los españoles) y los copiosos índices, tan útiles como poco frecuentes en nuestras publicaciones científicas.

G. MARAÑÓN.»

* * *

Como esto se ha alargado más de la cuenta, seguiremos mañana para demostrar al señor de *El Liberal* que cuando llamamos ilustre y sabio a un hombre de ciencia, aunque éste haya cometido el grave pecado de pertener a la Compañía de Jesús, no lo hacemos a humo de pajas.

Ya verá, ya verá el señor de *El Liberal*, si nos hace el honor de seguir leyéndonos, cómo no necesitará esperar a que los doctores cuya llegada se anuncia nos demuestren que el Padre Laburu es, como investigador en Biología, algo más que un vulgar Juan González García.

Se convencerá de que, para eso, es innecesario el viaje.

De cómo el señor de “El Liberal” verá que podemos llamar “gran biólogo” al P. Laburu sin agravio de la verdad y la justicia

Nuevos textos que nos ponen a los periodistas al amparo de ataques injustificados

Ofrecimos volver sobre el asunto, y aquí estamos otra vez, para demostrar al señor de *El Liberal*, con nuevos textos del Dr. Marañón, que si se lanzó a la palestra tomándonos a los periodistas por cabeza de turco y como pretexto para romper las hostilidades, ha equivocado lamentablemente el camino. El romper las hostilidades tiene el inconveniente de que hay que aguantar los palos que correspondan en la contienda.

Vamos a seguir demostrándole, con el mismo autorizado testimonio, que si a los periodistas se nos va muchas veces la mano en el elogio por dónde de amabilidad poco corriente en el mundo, en el caso del Padre Laburu nos hemos quedado cortos.

Ya vió ayer el señor de *El Liberal* lo que opina del insigne jesuíta y de su *Manual Teórico-práctico de Citología general e Histología animal*, el ilustre Dr. Marañón.

Su libro es de los que demuestran el *rápido ascenso de nuestro nivel cultural*.

Gracias a libros como el del Padre Laburu, nuestro nivel cultural se acerca al de los grandes Centros científicos del mundo.

El Padre Laburu es autor de importantes contribuciones de histología y biología celular.

En el libro del Padre Laburu se aprecia que la concisión está extraída de una vasta cultura perfectamente elaborada y sedimentada.

El estudio de la *Citología*, en la primera parte del libro del Padre Laburu, puede calificarse de admirable.

Declara el Dr. Marañón que es difícil encontrar una información que supere a la del Padre Laburu.

Llega en sus condiciones de divulgador científico (¡hasta esta virtud le negó el señor de *El Liberal*!) a lograr con su obra que aun a los no iniciados en cuestiones biológicas les sea fácil el aprendizaje.

Califica Marañón de verdaderos modelos de precisión los capítulos de la segunda parte del libro del Padre Laburu, en que hace una exposición de la Histología.

¿Qué le parece esta exposición al Dr. Marañón? Perfecta.

En técnica microscópica aprecia el Dr. Marañón en la parte del libro del Padre Laburu en que la expone una claridad que sólo da el dominio personal de los métodos.

Hemos creído conveniente refrescar con este extracto de lo que escribimos ayer la memoria del señor de *El Liberal*.

* * *

Nuevos textos del Dr. Marañón nos van a permitir destacar, no sólo la injusticia con que nos ha tratado el señor de *El Liberal*, sino su perfecto, su absoluto desconocimiento de lo que el Padre Laburu representa en el mundo de la Ciencia.

He aquí un ejemplar de *La Medicina Ibera* de 27 de octubre de 1923, y en él tres columnas largas dedicadas por el Dr. Marañón a estudiar y analizar otra obra del Padre Laburu, titulada *Origen y evolución de la vida*.

Conviene que reproduzcamos íntegramente el primer párrafo del trabajo bibliográfico del Dr. Marañón. Dice así:

«Yo confieso que no me inspiran *a priori* simpatía los libros de ciencia escritos con un prejuicio teológico. No hace mucho me expresaba así públicamente en Córdoba, en una conferencia que se ha reproducido en estas páginas.»

A continuación expone el Dr. Marañón las razones en que funda este personal punto de vista.

A pesar de ello, a pesar de no inspirarle *a priori* simpatía ese género de libros, dice, hablando de la obra del Padre Laburu:

«No todas estas razones pueden, sin embargo, aplicarse al libro del Padre Laburu. Aunque conduce sus argumentos con el rigor científico propio de quien como él, es un gran biólogo (¿Lo lee bien el señor de

El Liberal? No somos nosotros, no es *La Gaceta del Norte*, es el doctor Marañón quien llama GRAN BIÓLOGO al Padre Laburu. Fíjese bien. GRAN BIÓLOGO.) educado en una escuela de amplia información y de larga experimentación personal. (De larga experimentación personal, señor de *El Liberal*.) Hay, no obstante, en estas páginas, una noble emoción, apenas subrayada, que obliga a sus razones antes de llegar a los severos aposentos cerebrales, a pasar por el corazón.»

Como no es posible trasladar aquí las tres columnas largas en que el Dr. Marañón hace el estudio del libro del Padre Laburu, extractemos.

¿Qué le parece el libro al Dr. Marañón?: *Su libro—escribe—es perfecto, en cuanto a técnica didáctica y en el sentido de la claridad (de expresión y de pensamiento), y del equilibrio entre la propia contribución y la contribución ajena, elegido con raro eclecticismo.* (Se fija el señor de *El Liberal*? Propia contribución. Es decir, que en su libro recoge el Padre Laburu sus personales investigaciones, bien conocidas del doctor Marañón.

¿Qué opina de la primera parte de la obra, el *origen de la vida*? Que es *una acabada revista de los temas que en la Biología han tratado de iluminar el minuto misterioso en que la materia dejó de ser inanimada. Aun los que la lean—añade el Dr. Marañón con más generosidad que los modestos sectarios que se echan de vez en cuando al campo a deshacer, con patriótico empuje, prestigios nacionales—ajenos a toda confesión filosófica, hallarán en estas páginas inapreciables informaciones y juicios.*

¿Y qué juicio le merece al Dr. Marañón la segunda parte del libro, la referente a la *evolución de la vida*?

*En ella—dice Marañón—estudia la especificidad a la cual reduce todo el problema de la evolución vital: especificidad de la organización esencial, especificidad celular y evolución filogenética, son sucesivamente tratadas con verdadera maestría; (Ya lo ve, una vez más, el señor de *El Liberal*. Tratados CON VERDADERA MAESTRÍA) y, por último, se ocupa de las pruebas del transformismo en pro de la evolución.*

Creemos haber demostrado, sin fatigar a nuestros lectores, que al colocar al lado del Padre Laburu en nuestras reseñas de sus conferencias algún calificativo amable, no hacíamos con ello más que rendir un homenaje de justicia a quien como él enaltece, del modo que ha quedado probado con un testimonio de tanta autoridad como el del insigne doctor Marañón a la Ciencia española.

Y hemos recurrido a él, porque sabemos que *El Liberal* coincide con nosotros en considerarle como una de las más altas mentalidades científicas españolas, y uno de nuestros más sólidos prestigios.

LA BIOLOGÍA DEL PADRE LABURU

La Academia de Ciencias Médicas de Bilbao organiza todos los años un ciclo de conferencias. El padre Laburu mostró el deseo de tomar parte en las del año anterior, y como entre los médicos está bastante extendida la opinión de que el padre Laburu no pasa de ser un aficionado a la Biología, se discutió largamente su inclusión en el ciclo, acordándose, al fin, la invitación, por una exigua mayoría de votos.

El acto, que no tuvo lugar el curso pasado por no presentarse el conferenciante, se organizaba en el ciclo del curso actual con los caracteres ordinarios, es decir, en los locales propios de la Academia y con la sobria publicidad acostumbrada; pero el padre Laburu indicó a los organizadores la conveniencia de que el acto se celebrara en el paraninfo del Instituto. La Academia acordó primeramente oponerse a ello; más tarde, ante la reiteración de este deseo, tuvo que acceder a la excepcional petición.

Nuestra opinión personal—tolerantes para oír y libres para criticar—fué favorable a la participación del padre Laburu en el ciclo de conferencias, y así la hemos exteriorizado en varias ocasiones.

Asistimos a la conferencia sin prejuicios de ninguna clase, ni favorables ni adversos, aunque dispuestos, eso sí, a juzgar al llamado sabio biólogo con las normas de rigor que deben aplicarse a quienes aspiran a ocupar esta elevada jerarquía. Si hubiéramos conocido al padre Laburu tan sólo a través de las cortesías usadas habitualmente con los conferenciantes que modestamente procuran difundir sus conocimientos, no hubiera sido objeto por nuestra parte de la severa crítica a que le hemos sometido; pero como se pretende explotar un prestigio creado a fuerza de insólita propaganda y de inexplicables abstenciones de crítica, nos creímos obligados, cumpliendo un deber de honradez científica, a expo-

ner con desnudez su labor cierta y a señalar los numerosos errores en que incurrió, que si son siempre censurables, se hacen intolerables en aquel en cuya pretendida ciencia se intenta vincular ¡nada menos! que la gloria de la religión y de la patria.

Nadie debe escandalizarse, pues, de la publicidad de nuestra crítica.

Vamos a resumir la controversia. En nuestro primer artículo censuramos al padre Laburu como compendiador del tema objeto de la conferencia, señalándole numerosos errores y defectos; y dijimos que ni antes ni después de ella habíamos llegado a conocer una investigación original suya que supusiera un avance en la evolución de la Biología.

A este artículo se nos contestó en otro firmado con un seudónimo sin aludir tan siquiera a varios de nuestros juicios críticos acerca de extremos fundamentales de la conferencia; y en los que se pretendió discutirnos se cometieron nuevos errores de importancia, aumentando así, en calidad y número, los primitivos.

En nuestro segundo artículo mantuvimos íntegramente todos nuestros juicios—firmes los unos por no haber sido discutidos, reforzados los otros por haberseles concedido la razón por quien pretendía negárnosla—y refutamos con claridad las pueriles objeciones presentadas.

Como conclusiones, sentábamos una afirmación y formulábamos una pregunta. La afirmación de que no podía calificarse de culto divulgador del problema de la hipnosis animal a quien cometía tamaños errores y la pregunta de cuál es el avance que debe la Biología a la labor original del padre Laburu.

En esta forma tan definida y concreta manteníamos la polémica, cuando han aparecido en *La Gaceta del Norte* dos editoriales encabezados con grandes titulares. ¿Creerá el lector que estos dos artículos se han dedicado a rebatir nuestra afirmación de que el padre Laburu es un mal compendiador y divulgador del tema de su conferencia, desmenuzando los argumentos en que las apoyábamos? ¿Creerá el lector que el padre Laburu y sus amigos, al contestar a nuestra pregunta concreta, volcando toda la obra sobre la que descansa su prestigio de sabio biólogo, han demostrado el avance que debe la Biología a tan insigne investigador?

Preveníamos ya al lector en nuestro segundo artículo que se pretendía rehuir la controversia con habilidosas desviaciones.

Nada, absolutamente nada se replica a nuestra crítica de la labor del conferenciante. Ni una alusión, ni una referencia a lo que venía siendo objeto de discusión.

Se ha cambiado de táctica. El fracaso de su primer artículo ha obligado, sin duda, a huir de esta discusión, y, al no poder o no saber

mantenerse en las posiciones que primeramente adoptaron nuestros contrarios, defienden una nueva postura, esgrimiendo como únicos argumentos: primero, que hemos atribuido caprichosamente afirmaciones no vertidas, para deducir así las consecuencias que nos convenían; segundo, que somos sectarios; tercero, que el padre Laburu ha escrito dos obras que le justifican como sabio biólogo.

Se nos dice que hemos atribuido caprichosamente afirmaciones que no ha hecho. Ni con seudónimo ni sin firma se nos ha señalado una sola inexactitud de transcripción. ¿Cuáles son esas inexactitudes? ¿Es que se basta llamar inexacto relato a nuestra crítica cuando no ha podido señalarse ni una sola tergiversación en los tres largos artículos que se nos han dedicado? En el oído de cuantos le escucharon vibran aún las afirmaciones del padre Laburu. Ahí están escritas en las columnas de *La Gaceta del Norte* de estos días, errores como el de conceder a Thompson la paternidad de la doctrina conductista, siendo así que Lloyd Morgan fundó el conductismo en 1894 y el libro de Thompson acaba de aparecer en otoño de 1927.

Son *La Gaceta* y sus amigos quienes atribuyen caprichosamente afirmaciones que no han sido hechas. ¿Dónde han leído nuestros ataques al *sabio jesuíta*? Cuantos nos han leído saben perfectamente que, dejando a un lado al jesuíta, nos hemos dirigido siempre al *sabio biólogo*. ¿Son estas las expresiones de su buena fe?

Puede ver el lector qué es lo que queda del primero de los tres argumentos que contra nosotros se esgrimen.

«Ya verán, ya verán—diremos parodiando a *La Gaceta*—, si nos conceden el honor de seguir leyéndonos», cuál es el sectarismo nuestro y el suyo, y el valor que tienen los corteses comentarios que se han obtenido del ilustre Marañón para los dos libros del padre Laburu: el Catón o Manual teórico práctico y la reproducción de las dos conferencias que dió el padre Laburu ante públicos profanos y estudiantes de primer año de Medicina.

DR. JUSTO GARATE.



lamentables de la burguesía y la aristocracia, que se presentan en el libro en su mayoría con un tono despectivo. La burguesía es retratada como una clase que ha heredado una herencia de riqueza que no ha sabido utilizar de manera adecuada, que ha vivido en un mundo de lujo y ostentación que no ha sido capaz de adaptarse a las cambios de la sociedad. La aristocracia, por su parte, es retratada como una clase que ha perdido su poder y su influencia, que ha vivido en un mundo de decadencia y decadencia. Los personajes principales son el doctor Gómez, un hombre de ciencia que ha perdido su trabajo y su honor, y el doctor Martínez, un hombre de ciencia que ha logrado mantener su trabajo y su honor. Los demás personajes son retratados con un tono despectivo y despectivo, sin embargo, se menciona que el doctor Gómez es un hombre de ciencia que ha perdido su trabajo y su honor, y el doctor Martínez es un hombre de ciencia que ha logrado mantener su trabajo y su honor.

En resumen, el libro es una obra que retrata la burguesía y la aristocracia de una manera despectiva y despectiva, sin embargo, se menciona que el doctor Gómez es un hombre de ciencia que ha perdido su trabajo y su honor, y el doctor Martínez es un hombre de ciencia que ha logrado mantener su trabajo y su honor.

Nada, al final, se repite a medida que se describe la burguesía y la aristocracia de la obra. La burguesía es retratada como una clase que ha vivido en un mundo de lujo y ostentación que no ha sido capaz de adaptarse a los cambios de la sociedad. La aristocracia, por su parte, es retratada como una clase que ha perdido su poder y su influencia, que ha vivido en un mundo de decadencia y decadencia.

Se ha cambiado de tema. El fin de la obra es que la burguesía y la aristocracia han sido derrotadas, y el fin de la obra es que la burguesía y la aristocracia han sido derrotadas.

UNA CARTA ACLARATORIA

Sr. Director de *El Liberal*.

Muy señor mío:

Acabo de enterarme de que la reseña de las relaciones entre la Academia de Ciencias Médicas y el P. Laburu para la organización de la conferencia última, que refería en los dos primeros párrafos de mi artículo de ayer, contiene algunas inexactitudes, y por ello retiro íntegros los párrafos citados.

Hallándome ausente en el período de gestación de esa conferencia, y habiéndoseme informado erróneamente, me es muy grato anticipar espontáneamente, antes de mi artículo de mañana, esta rectificación, que no altera en nada la controversia que mantengo.

De usted afectísimo seguro servidor q. e. s. m.,

DR. JUSTO GARATE.

UNA CARTA ACRÍLATORIA

Se. Director de EA Upeval

Una sección más:

Y como de costumbre que das la razón a las legislaciones en la Aca-
deemia de Ciencias Mexicanas y al P. Lampa para la autorización de la con-
federación global, das lección en los los países binacionales de mi situación
de alta, continua gloriosa y exitosa, y que solo faltan los
brevíssimos círculos, para que se cumpla la
Halléndome ansioso en el sentido de destacar de esa convocatoria,
y designar como integrante del comité, me es muy deseable que
se proceda a la elección de los miembros, para la ejecución
de la selección de acuerdo a las convocatorias que publican
Dr. Juan Gómez

LA BIOLOGÍA DEL PADRE LABURU

LOS JUICIOS DE MARAÑÓN Y EL SECTARISMO

Exponíamos en el artículo anterior que nuestros contradictores, al no poder o no saber mantener las posiciones que primeramente adoptaron en esta controversia, han huído de la discusión planteada acerca de la conferencia y se han colocado en una nueva postura, esgrimiendo, como únicos argumentos: primero, que hemos atribuido caprichosamente afirmaciones no vertidas; segundo, que el padre Laburu ha escrito dos obras que le justifican como sabio biólogo, y tercero, que somos sectarios. Quedó aclarada la imputación de las inexactitudes. Vamos a examinar ahora toda la obra del padre Laburu que nos ha sido presentada, usando para ello los mismos textos de que se vale *La Gaceta*.

A la pregunta concreta acerca de cuál es el avance que debe la Biología al padre Laburu se nos ha contestado con dos comentarios del ilustre Marañón sobre otras tantas publicaciones de aquél. A falta de argumentos de más valor, el padre Laburu tiene un fichero de elogios y ha prestado dos de sus fichas a *La Gaceta*. Es sobradamente conocida la benevolencia con que suelen comentarse cuantas publicaciones se remiten por quienes se ven distinguidos con esta atención. Todos los médicos y estudiantes de Medicina saben los elogios extremadamente bondadosos que tributa un sabio tan eminente como Ramón y Cajal a cualquier modesto trabajo, con el loable propósito de estimular a la juventud estudiantil; pero *La Gaceta*, no sabiendo apreciar el justo valor de los comentarios de Marañón a las obras del padre Laburu, les dedica los dos extensos editoriales a los que contestamos.

Para apreciar el valor de un juicio crítico es preciso conocer antes la

clase de obra a que este juicio se refiere. Perfecta puede ser la obra que ejecuta un albañil en su oficio, y perfecta se llama también la obra que realiza un arquitecto si responde a una acertada concepción. Lo propio ocurre con las publicaciones científicas; pueden ser éstas elementales o de alta investigación y cada cual en su clase perfectas. Con la misma palabra se designan estos dos ejemplos calidades de obra bien distintas.

El padre Laburu ha escrito dos obras. Un Manual que, según se dice en su prólogo, se dedica a la enseñanza de los alumnos del Colegio de Oña (Burgos) «que no han de ser especialistas en estas materias», y una publicación en la que se reproducen simplemente, según afirma también su prólogo, dos conferencias dadas por vez primera en la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao. Basta esta referencia de los propios prólogos del padre Laburu para que se percate quien nos lea de que estas publicaciones no pertenecen a la categoría de las de alta investigación. Pues bien; con estas dos obras tan claramente definidas se pretende, lector, demostrarnos que el padre Laburu ha hecho avanzar a la Biología.

Ya se ve que las dos obras del padre Laburu, según propia confesión, son elementales. Veamos ahora cómo Marañón, cuyos elogios se traen a las columnas de *La Gaceta* para contradecir la propia confesión de elementalidad que contienen las obras del padre Laburu, confirma esta misma impresión.

Los comentarios de Marañón sobre el Manual

En este juego de caracteres de imprenta, en que es maestra *La Gaceta*, el comentario que destaca con mayores tipos, sin duda por considerarlo el más favorable, es el que dice: «En la parte última expone la técnica microscópica con esa claridad que da el dominio personal de los métodos». ¡«Dominio personal»!, subraya *La Gaceta*, exclamando para abrumarnos: «¿Está claro?» ¿A qué cree *La Gaceta* que se refiere esto del *dominio personal* de los métodos de la técnica microscópica? Sencillamente, señores de *La Gaceta*, a cortes y coloraciones de los que en general suelen estar encargados los mozos de laboratorio. A este comentario de Marañón concede *La Gaceta* tan desmedida importancia, que vuelve a reproducirlo en su segundo editorial. Y del valor de éste son los restantes. Véanse otras muestras.

Continúa diciendo Marañón en los juicios que reproduce *La Gaceta* que este Manual teórico-práctico es útil «para las personas que necesiten una cultura somera», y que «aun a los no iniciados en cuestiones biológicas les será fácil con él este aprendizaje».

Bien se ve, por tanto, que también según Marañón, es un libro de lo

más elemental, y a nadie cabe el decir otra cosa. ¿Qué pensará el insigne Marañón cuando se entere de que en este Manual y en los comentarios que amablemente le dedicó se pretende escudar un prestigio de sabio biólogo?

Los comentarios de Marañón sobre el folleto

Ni en estos comentarios, ni en los del Manual aparece la alusión más remota a una investigación del padre Laburu que represente un avance en la Biología, que es lo que nos proponíamos averiguar. Mientras no se nos demuestre esto, la controversia también en este punto queda decidida a nuestro favor.

Pero hay algo más. Nuestros contradictores, en este esfuerzo desesperado que realizan para defender con opiniones ajenas lo que no se puede defender con las propias, no han vacilado en cercenar el texto del comentario de Marañón, que no es elogioso sino a través de estas mutilaciones. No comprendemos, después de leída la crítica completa de Marañón, cómo puede conservarse en el fichero de elogios del padre Laburu este comentario, que envuelve, con frases corteses y cordiales para el que llama querido amigo, las más severas censuras científicas.

Comienza Marañón por reprochar al padre Laburu el prejuicio que le turba la clara visión de los problemas de la Biología, y, continuando el examen de esta causa de error, le dirige frases como estas: «Confieso que cuando leo alegatos científicos en pro o en contra de estas o las otras religiones, y en particular de la religión de Cristo, me parece que unos y otros, los incrédulos y los creyentes, se entretienen en ganar victorias fáciles con soldaditos de plomo». Así califica Marañón cortésmente, en el texto que nos ha sido recordado por *La Gaceta*, los alegatos teóricos del padre Laburu: de soldaditos de plomo.

Dice también Marañón en el texto que debemos a *La Gaceta* que el padre Laburu «obliga a sus razones, antes de llegar a los severos apartados cerebrales, a pasar por el corazón», y este párrafo reproduce *La Gaceta*; pero se cuida bien de omitir que a renglón seguido, agrega Marañón: «y esta maniobra le hace casi ganar la batalla antes de darla». ¿Puede calificársele más claramente de sectario? En seguida le señala el método científico que debe seguir con la siguiente frase lapidaria: «Pensemos siempre en Pasteur como ejemplo de independencia absoluta entre la Ciencia y la Religión».

Le acusa más tarde de «ensañarse con adversarios, ya vencidos y contritos», y termina diciendo que «los lectores españoles habrán podido leer conclusiones antitransformistas, casi tan rotundas como las del pa-

dre Laburu, en libros recientes traducidos del alemán». Y cita a continuación uno de estos libros. Ya comprenderá el discreto lector el significado de esta frase.

Repetimos, parodiando a *La Gaceta*: «¿Es para *La Gaceta* un excelente biólogo el Dr. Marañón? ¿Es sincero el Dr. Marañón en sus opiniones acerca del valor científico de una persona y de su obra? ¿Sí? ¿Lo es?» Pues ahí tiene debidamente analizados los dos juicios críticos del doctor Marañón.

Si lo que se quiere es mantener un torneo con juicios ajenos, nosotros disponemos también opiniones francamente desfavorables a su obra, verbales unas y escritas otras, de personas a quienes el padre Laburu llama eminentes. ¿Qué se hubiera pensado de nosotros si en lugar de combatir con argumentos propios nos hubiéramos valido únicamente de estos juicios desfavorables para mantener la polémica? Nuestra autonomía mental nos hace repeler estas armas.

* * *

Para completar su brillante argumentación, nuestros contradictores nos llaman sectarios. Dice *La Gaceta*: «Un hombre de ciencia puede dissentir de la opinión de otro; puede y debe, si honradamente cree que está equivocado, rebatir sus errores». ¿Cuál es entonces, la razón por la que *La Gaceta* se indigna? «Porque tiramos a deshacer un sólido prestigio científico por la poderosa razón de vestir sotana y por la más altísima (sic) de anudarse sobre ella la faja de jesuítica, y porque nos dedicamos con patriótico empuje a deshacer prestigios nacionales».

No sabemos exactamente el concepto que tendrá *La Gaceta* de la religión y de la patria. Pero como religiosos y como patriotas nos parece de una osadía intolerable que se pretenda encarnar los sentimientos más excelsos en la mediocridad del padre Laburu en el campo de la Biología.

¿Quiénes son los sectarios? ¿Los que, como dice el ilustre Marañón, «propenden generosamente por su juventud a dar un valor justo a cada cosa», o aquellos que utilizan la religión y la patria como escudo para la crítica científica y como plataforma de vanidades totalmente extrañas a estos dos grandes principios?

¿Es que *La Gaceta* se atreve a sostener que por haber probado nosotros que el padre Laburu no merece el prestigio que se le atribuye vayan a sufrir quebranto los ideales religiosos y patrióticos? La Religión y la Ciencia rinden culto a la Verdad, y es deber de todos contribuir a esclarecerla, aunque para ello sea preciso destruir falsos ídolos.

¿Es que cree *La Gaceta* que se ha realizado una labor religiosa y patriótica al dedicar tan desmedidos elogios al famoso descubrimiento

del padre Almeida? ¿No hubiera sido mucho mejor para todos que oportunamente se le hubiera reducido a sus justas proporciones?

Hemos combatido al padre Laburu como sabio biólogo no porque sea jesuít a, sino aunque sea jesuít a.

Todavía hace unos meses hicimos un trabajo crítico acerca de una obra publicada por un catedrático de la Facultad de Madrid, conocido por su izquierdismo, señalando varios defectos, sin que a nadie se le ocurriera tacharnos de un sectarismo derechista.

Nos parece patriótico el honrar la obra de Nicolás Achúcarro, prestigio universalmente reconocido y verdadera gloria nacional, que imprimió, éste sí, un avance, y considerable, a la Biología, y al cual, sin embargo, jamás se ha dedicado el reclamo inusitado y sistemático que se prodiga al padre Laburu.

Este es nuestro patriotismo y este es nuestro sectarismo.

DR. JUSTO GARATE

DESPUÉS DE LA CONFERENCIA DEL P. LABURU

¡Se ha lucido el señor de "El Liberal"!

De cómo una modesta y nebulosa carta, perdida en un mar de gacetillas, nos demuestra que estamos ante un señor que pesa y medita las cosas antes de soltárselas al público : : :

¿Lo recuerdan los lectores de *La Gaceta del Norte*?

El señor de *El Liberal* no podía consentir que los periodistas llamásemos insigne, ni gran biólogo, y mucho menos sabio al Padre Laburu. Y sólo por eso, se lanzó a las columnas de *El Liberal* a desfacer entuertos, a cargar al Padre Laburu el mochuelo de unas afirmaciones que no había hecho y a exhibir ante sus lectores tres o cuatro nombres en alemán. Lealmente le advertimos los peligros de romper las hostilidades y no nosotros, sino el ilustre doctor Marañón, se encargó de demostrarle, con los juicios que tiene escritos acerca de las obras del insigne jesuíta bilbaíno, que no sabe una sola palabra de las aportaciones del Padre Laburu a la Ciencia.

Después de haberse enterado, gracias a cuanto llevamos reproduciendo de los trabajos de Marañón, de que el Padre Laburu es *autor de importantes contribuciones de histología y biología celular*, que sus trabajos han contribuido al rápido ascenso de nuestro nivel cultural, que el estudio de la *Citología* hecho por el Padre Laburu *puede calificarse de admirable*, que es *difícil encontrar una información que le supere a la* del Padre Laburu, que en la exposición de la *técnica microscópica* llega el sabio jesuíta a una *claridad que sólo da el dominio personal de los métodos*; después de haberle demostrado al señor de *El Liberal* que no

somos nosotros, que es el doctor Marañón quien califica de GRAN BIÓLOGO al Padre Laburu, al juzgar, en los términos altamente, entusiastamente laudatorios que recordará el lector, la obra del Padre Laburu *Origen y evolución de la vida*; después de haber quedado molido y maltrecho, el pobre señor de *El Liberal* no tuvo fuerzas para seguir tomándonos por cabezas de turco y buscó otro argumento en que apoyar sus poco afortunadas exhibiciones.

Y lo encontró.

* * *

¿Por qué atacaba de nuevo al Padre Laburu?

Porque así como antes no podía consentir su probidad científica que los periodistas pusiéramos al lado del nombre del Padre Laburu un adjetivo encomiástico, ahora se rebelaba contra la insoportable vanidad del buen jesuíta, que andaba por esas Academias solicitando, teja en mano, que le dejases hablar y mendigando un buen local en que cupiese holgadamente toda su enorme soberbia.

Copíemos, copíemos, los dos primeros párrafos del artículo que con el título de *La Biología del Padre Laburu*, apareció en la primera plana y al lado, precisamente, de un excelente retrato del doctor Marañón (el destino tiene terribles ironías) en *El Liberal* de anteayer, 2 de marzo, y firmado por el señor de esta historia.

Dicen así:

«La Academia de Ciencias Médicas de Bilbao organiza todos los años un ciclo de conferencias. El Padre Laburu mostró el deseo de tomar parte en las del año anterior, y como entre los médicos está bastante extendida la opinión de que el Padre Laburu no pasa de ser un aficionado a las cuestiones de Biología, se discutió largamente su inclusión en el ciclo, acordándose, al fin, la invitación, por una exigua mayoría de votos.

»El acto, que no tuvo lugar el curso pasado por no presentarse el conferenciante, se organizaba en el ciclo del curso actual con los caracteres ordinarios, es decir, en los locales propios de la Academia y con la sobria publicidad acostumbrada; pero el Padre Laburu indicó a los organizadores la conveniencia de que el acto se celebrara en el paraninfo del Instituto. La Academia acordó primeramente oponerse a ello; más tarde, ante la reiteración de este deseo, tuvo que acceder a la excepcional petición.»

Está patente la grotesca vanidad exhibicionista del Padre Laburu, que impele, de un modo irresistible e irrefrenable, al señor de *El Liberal* a convertir su pluma en lanza.

El Padre Laburu mostró el deseo de tomar parte en las conferencias del año pasado.

Tan pesado se debió poner el Padre Laburu ese año que, al fin, le invitaron a que hablase. ¡A ver si quedaba satisfecho!

Pero el Padre Laburu, además de vanidoso y de pesado, debe ser la veleidad hecha hijo de San Ignacio de Loyola, porque después de pedirlo tanto, no se presentó a dar la conferencia. El colmo de la informalidad jesuítica.

Este año ya fué otra cosa.

El Padre Laburu no sólo pidió el paraninfo del Instituto, sino que volvió a ponerse pesado, insistió, reiteró este deseo y también hubo de accederse a la excepcional petición. Pero se presentó el conferenciente. Del mal, el menos.

Se ve que el señor de *El Liberal* está bien enterado hasta de los menores detalles. ¿Cómo sino se hubiese lanzado a escribir esos dos párrafos que demuestran toda la enorme inmodestia del Padre Laburu y justifican que este señor salga a combatirle?

Pero he aquí que en *El Liberal* del día siguiente, en el de ayer, allá en la sexta plana, modestamente oculta, en la sección de gacetillas, entre la referencia de los heridos de la Casa de Socorro y la noticia de la niña mordida por un gato, surge la violeta de esta carta suscrita por el señor de *El Liberal*. Ofrezcamos su aroma a nuestros lectores:

Una carta aclaratoria

Señor Director de *El Liberal*.—Muy señor mío: Acabo de enterarme de que la reseña de las relaciones entre la Academia de Ciencias Médicas y el P. Laburu para la organización de la conferencia última, que refería en los dos primeros párrafos de mi artículo de ayer, contiene algunas inexactitudes, y por ello retiro íntegros los párrafos citados.

Hallándome ausente en el período de gestación de esta conferencia, y habiéndoseme informado erróneamente, me es muy grato anticipar espontáneamente, antes de mi artículo de mañana, esta rectificación, que no altera en nada la controversia que mantengo. De usted afectísimo seguro servidor q. e. s. m., Dr. JUSTO GARATE.

¡Pobre, infeliz, señor de *El Liberal*!

Se tiene que tragar los dos párrafos primeros de su artículo.

Harto de los palos que por medio del puño vigoroso del Dr. Marañón hemos tenido el honor de suministrarle, coge la estaca y se aporreá él mismo.

Le basta estar ausente para recoger la primer insidia, la primer calumnia, la primer mentira que le soplan al oído, y sin importarle un ardite la reputación de una persona honorable, de un hombre de Ciencia, de un religioso que dedica su tiempo y su talento al estudio y al trabajo, coge la pluma y lo despelleja en público. ¡Ya procurará arreglarlo luego retirando los párrafos y colando, como de matute, entre las gacetillas del periódico, la aclaración!...

¡Muy bonito, muy noble, y muy caballeresco!

Y, sobre todo, muy científico.

¿Y este señor quiere sostener controversias?... ¿Con esos métodos?...
¿Con ese amor desesperado a la verdad?...

Pero nosotros que, como periodistas, no sabemos Biología, sabemos en cambio informarnos. Es nuestro oficio. Y nuestros informes son de que no han faltado gestiones de quienes pueden hacerlas, dentro de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, cerca del señor de *El Liberal*.

Gestiones que, claro está, han precedido a la publicación de esa carta.

Carta que, dicho sea de paso, no aclara lo suficiente las cosas, ni está en proporción a la ofensa inferida al Padre Laburu al presentarle ante el público de *El Liberal* como un vanidoso ridículo que solicita dar conferencias y pide locales decorativos.

Y creemos que ha llegado la ocasión de que lo aclaren quienes tienen autoridad para hacerlo.

Si la memoria no nos es infiel, fué presidente de la Academia de Ciencias Médicas de Vizcaya el año pasado el Dr. Camiña. Actualmente la preside el Dr. Mendaza.

¿No creen que ha llegado el momento de explicar al público, puesto que públicas han sido las acusaciones, cuáles han sido las relaciones entre la Academia de Ciencias Médicas y el Padre Laburu para la organización de su conferencia?

Y si pusiesen su grano de arena en la obra de restablecer la verdad y de acabar con el cómodo procedimiento de tomar el nombre de la Academia para fines que están bien claros y no son precisamente los de buscar la verdad científica, y por lo que se ha demostrado, ninguna clase de verdades, dos eminentes doctores que, según nuestras referencias, contribuyeron con su gestión personal a conseguir que el P. Laburu diese su notabilísima conferencia, rendirían un buen homenaje a la justicia.

Esperemos, pues.

“La Gaceta del Norte”, 6 de marzo

DESPUÉS DE LA CONFERENCIA DEL P. LABURU

EL DEFINITIVO HUNDIMIENTO DEL SEÑOR DE "EL LIBERAL"

Dos cartas de los Dres. Camiña y Mendaza, en que, contestando al requerimiento de la "Gaceta del Norte", restablecen toda la verdad de los hechos. :

Recordará, seguramente, el lector, que el señor de *El Liberal* que hizo al Padre Laburu la ofensa de presentarle ante el público como un grotesco exhibicionista que anduvo mendigando de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao el dar una conferencia y pareciéndole pequeño el local de la Academia no paró hasta conseguir que se abriesen de par en par las puertas del paraninfo del Instituto para que pudiese entrar holgadamente toda su enorme vanidad, tuvo que tragarse al dia siguiente los dos párrafos ofensivos.

Se los tragó a hurtadillas, escondido entre las gacetillas de *El Liberal* de donde tuvimos que sacarle al sol. Reconocemos que el trago era amargo. Por eso, sin duda, fué incompleto, y nos obligó a requerir las explicaciones de los únicos que tenían autoridad para darlas: los doctores Camiña y Mendaza en sus calidades de presidente el primero de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao el año pasado y de presidente de la misma entidad, actualmente, el segundo.

Sean para su noble, leal y caballerosa conducta nuestra felicitación

cordialísima y para la prontitud con que han respondido a nuestro réquemamiento del domingo, nuestra sincera gratitud.

* * *

Decía el señor de *El Liberal* en su modesta carta aclaratoria, encontrada con nuestra lupa, entre el fárrago de gacetillas de la sexta plana del colega, que en los dos primeros párrafos de su artículo ofensivo para el Padre Laburu, no como hombre de ciencia, ni siquiera como amable conferenciente que se presta gustoso a satisfacer un requerimiento de la Academia, sino simplemente como caballero, contenía ALGUNAS INEXACTITUDES.

Es muy modesto el señor de *El Liberal* al juzgar sus propias equivocaciones.

¡Algunas inexactitudes!... ¡Algunas!...

No, señor de *El Liberal*, no. Algunas, no. Todas. No dijo usted ni una sola palabra de verdad. No omitió usted ni un sólo detalle falso para dejar bien caricaturizada la figura del Padre Laburu, para presentarlo ante los ojos de los lectores de *El Liberal* como un jesuítico enfatizado, como un religioso ayuno de modestia y humildad.

Vamos a probarlo, según inveterada costumbre nuestra.

* * *

Primero.

Dijo en su artículo del 2 de marzo el señor de *El Liberal*.

«La Academia de Ciencias Médicas de Bilbao organiza todos los años un ciclo de conferencias. El Padre Laburu mostró el deseo de tomar parte en las del año anterior, y como entre los médicos está bastante extendida la opinión de que el Padre Laburu no pasa de ser un aficionado a las cuestiones de Biología, se discutió largamente su inclusión en el ciclo, acordándose, al fin, la invitación, por una exigua mayoría de votos.

El acto, que no tuvo lugar el curso pasado por no presentarse el conferenciente...»

Está bien claro.

EL AÑO PASADO el Padre Laburu *mostró deseo de tomar parte en el ciclo de conferencias.*

EL AÑO PASADO *se discutió largamente su inclusión en el ciclo.*

EL AÑO PASADO *se acordó, al fin, la invitación, por una exigua mayoría de votos.*

EL AÑO PASADO no pudo celebrarse el acto *por no presentarse el conferenciente.* (El Padre Laburu).

No falta un detalle.

Veamos que nos dice el Dr. Camiña, presidente de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao durante el AÑO PASADO, en la carta que nos complacemos en reproducir y dice así:

Bilbao, 5-3-928.

Sr. Director de *La Gaceta del Norte*.

Muy señor mío: En el número fecha 4 del actual del periódico de su digna dirección con motivo de la polémica entablada entre su diario y el Dr. Justo Garate en el diario *El Liberal*, se me alude directamente para que como ex presidente de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao durante el curso pasado, puntualicen hechos ocurridos en dicha época y que parecen tienen relación con la discusión antes señalada.

El Dr. Garate en su artículo *La Biología y el Padre Laburu*, expone la frase siguiente: «La Academia de Ciencias Médicas de Bilbao organiza todos los años un ciclo de conferencias. El P. Laburu mostró el deseo de tomar parte en las del año anterior»: el que mostró deseos de que el P. Laburu diera una conferencia en nuestra Academia e inició el asunto dentro de nuestra Asociación, fué el Dr. D. Cesáreo Díaz Emperanza, y ante las razones que este colega me expuso sobre la conveniencia de conocer los trabajos del Padre Laburu, hice mía su proposición, presentando a la Junta Académica la idea de instaurar un ciclo de conferencias, proposición que fué aceptada, pero no llevada a la práctica, por causas que no son del caso señalar, pero sí todas ellas absolutamente independientes de actuaciones, gestiones e insinuaciones del Padre Laburu.

La Academia no hizo invitaciones a personalidad alguna ni al Padre Laburu para dar conferencias en la Asociación ni se designó temas, fechas ni locales para el desarrollo de ninguna tesis.

Luego la afirmación que sienta el Dr. Garate en su artículo refiriéndose a una supuesta conferencia que debía dar el Padre Laburu en la Academia y que no tuvo lugar por no «presentarse el conferenciante», es inexacta, porque el Padre Laburu no fué invitado por la Academia para desarrollar ninguna conferencia.

Siempre a sus órdenes suyo aftmo s. s.,

RAMÓN CAMIÑA.

Esto es sencillamente aplastante.

Ni el Padre Laburu mostró deseo de dar una conferencia; ni hubo ciclo de conferencias; ¡ni siquiera se invitó al Padre Laburu!!

¡Y el señor de *El Liberal* quería, por lo visto, que el Padre Laburu se presentase a dar una conferencia a la que no le había invitado nadie!...

¡Húndete tierra, y trágate al señor de *El Liberal*!

* * *

Segundo.

Ya ve el señor de *El Liberal* que aunque no somos hombres de ciencia, somos hombres de método.

¿Qué decía el señor de *El Liberal* en el segundo párrafo de su ya famoso artículo?

Reproducámoslo para que no se nos diga que truncamos nada.

Decía lo siguiente:

«El acto, que no tuvo lugar el curso pasado por no presentarse el conferenciente, se organizaba en el ciclo del curso actual con los caracteres ordinarios, es decir, en los locales propios de la Academia y con la sobria publicidad acostumbrada; pero el Padre Laburu indicó a los organizadores la conveniencia de que el acto se celebrara en el paraninfo del Instituto. La Academia acordó primeramente oponerse a ello; más tarde, ante la reiteración de este deseo, tuvo que acceder a la excepcional petición».

Vamos a ver que ha ocurrido este año con el testimonio de la terminante carta del actual presidente de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao, Dr. Mendaza.

Héla aquí:

Bilbao 5 de Marzo de 1928.

Sr. Director de *La Gaceta del Norte*.

Muy señor mío y querido amigo: En el número de ayer, domingo, de ese periódico de su digna dirección, aparece un artículo, relacionado con los escritos del Dr. Garate en *El Liberal*, y en el que se me alude, como Presidente actual de la «Academia de Ciencias Médicas de Bilbao.»

Con objeto de hacer resplandecer la verdad de lo ocurrido con la conferencia del Padre Laburu, debo hacer constar lo siguiente:

Dos son los puntos que trató el Dr. Garate en su trabajo «La Biología del Padre Laburu» publicado en *El Liberal* del día 2 del actual y que tienen relación con mi actuación de presidente de la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao; el primero, es sobre si fué o no el Padre Laburu quien pidió dar una conferencia, bajo los auspicios de la Academia, y el segundo, si fué el referido Padre, el que indicó a los organizadores de la conferencia, la conveniencia de celebrarla en el paraninfo del Instituto.

Al primer punto debo contestar categóricamente, que el Padre Laburu, no intervino de ninguna manera, sino que el Dr. San Sebastián, académico de número, me pidió a mí mismo, que la Academia le invitara al Padre referido, para que diera una conferencia. Y acerca del segundo punto, tampoco fué el mismo Padre, quien pidió que la conferencia

se celebrara en el paraninfo; este fué un acuerdo adoptado por la propia Academia, si bien es cierto que yo manifesté a mis compañeros que estaba seguro de que el acuerdo sería de gran satisfacción para el Padre Laburu.

Con este motivo, me ofrezco de usted atento y s. s. q. e. s. m.,

CARLOS MENDAZA.

* * *

Creemos que ha llegado el momento de que la tierra vuelva a hundirse por si no se trágó antes del todo al señor de *El Liberal*.

* * *

Pero he aquí que el señor de *El Liberal*, entre las muchas razones que tenía para atacar y combatir al Padre Laburu, se encontró con una fundamental.

La dijo en su artículo del día 2 de marzo cuyos dos primeros párrafos acaban de ser convenientemente triturados.

Si él hubiera conocido al Padre Laburu *tan sólo a través de las cortesías usadas habitualmente con los conferenciantes, que modestamente procuran difundir sus conocimientos*, le hubiera dejado en paz, pero ¿a un hombre como el Padre Laburu que ha dado los ejemplos de inmodestia y vanidad de que son testimonio las cartas que acaba de ver el lector, y solicita conferencias y pide paraninfos?... A un hombre así, ni el agua, ni la sal, ni el fuego...

¿Y ahora, señor de *El Liberal*? ¿Qué dice usted ahora?... ¿Cómo justifica usted su persistencia en el ataque, después de saber que no es el Padre Laburu quien busca exhibiciones, ni solicita dar conferencias, sino que quienes lo proponen son doctores de tan alto, positivo y solidísimo prestigio como los Sres. Díaz Emparanza y San Sebastián?...

¿Ve usted cómo teníamos razón, cuando agotada nuestra paciencia, le salimos al paso porque vimos, con la experiencia que nos da la práctica de nuestro oficio, que sólo un fin sectario, propio o inspirado, que de todo hay en la viña del Señor y también en esto de las colaboraciones y las camarillas estamos perfectamente enterados, le había a usted lanzado a este camino de perdición?

¿No advierte usted que le aconsejábamos sensatamente al recordarle que de estas escaramuzas se sale, las más de las veces, con los huesos tundidos?

¿No comprende que nosotros no nos íbamos a asustar porque nos colocase usted cuatro nombres en alemán?...

Y... mañana será otro día.

LA BIOLOGÍA DEL PADRE LABURU

¡E PUR SI MUOVE!

Como saben nuestros lectores, cuando la Inquisición romana obligó a Galileo a confesar que la tierra no se mueve, inmediatamente después de su abjuración el sabio astrónomo de Pisa exclamó: ¡Y, sin embargo, se mueve! Recordamos esta cita porque nos parece oportuna para aplicarla al último incidente del que pretende aprovecharse *La Gaceta*, en su editorial del domingo, intentando nuevamente, con desesperado afán, desviar la controversia que venimos manteniendo.

En los primeros párrafos de nuestro penúltimo artículo, aparecido el viernes pasado, hicimos una breve relación de los trámites que precedieron a la conferencia del padre Laburu. Habiéndoseos comunicado el día mismo de la publicación del citado artículo que algunos de los extremos de la narración no era exacto, enviamos una rectificación, que apareció en el número del sábado de este periódico, retirando íntegramente los dos párrafos aludidos. Aunque sabíamos a ciencia cierta que se podían mantener con pruebas patentes la mayor parte de las afirmaciones de aquella episódica narración, fuimos generosos en la amplitud de la rectificación porque no afectaba a ninguno de los puntos fundamentales de la controversia y porque quisimos con ella evitar posibles disensiones en el seno de la Academia, cuyo nombre se nos invocó cordialmente.

Pero *La Gaceta*, a falta de otros argumentos para mantener airosamente la controversia, nos llama *calumniadores e insidiosos*, y nos dice que *recogemos la primera mentira que nos soplan al oído*, dedicándonos otras delicadezas de expresión y de concepto—*colando de matute, des-*

pellejando, etc., etc.—, muy propias de un periódico piadoso, defensor del orden y de la religión, en un artículo encabezado a dos columnas, con el pomposo título de *¡Se ha lucido el señor de «El Liberal!»* Dice *La Gaceta* que en nuestro relato *está patente la grotesca vanidad exhibicionista del padre Laburu*. Jamás nos hubiéramos permitido calificar tan groseramente al padre Laburu, a quien—como habrá podido observar el que nos lea—guardamos los respetos obligados entre personas cultas y educadas. La única conclusión que sacábamos del relato contenido en esos dos párrafos era que por haber tenido una gran publicidad la conferencia por indicación del conferenciente, nadie podía escandalizarse de la publicidad de nuestra crítica. Esto, y nada más que esto, era lo que deducíamos.

A pesar de esta actitud de *La Gaceta*, no pensábamos haber insistido sobre este incidente. Pero informados de que para el número de hoy se había obtenido la colaboración del presidente de la Academia señor Mendaza, hemos practicado anoche una correcta gestión, para evitar, con el silencio de todos, después de nuestra amplia y excesiva rectificación, un mayor perjuicio a la Academia. Habiendo fracasado esta gestión nuestra, nos vemos obligados a publicar la siguiente referencia:

El invierno pasado, dos señores académicos indicaron la conveniencia de que se invitara al padre Laburu a dar una conferencia en la Academia. Se discutió largamente la proposición, y, al fin, fué aceptada por una exigua mayoría de votos. No es cierto que dejara de presentarse el conferenciente. Dejó de celebrarse la conferencia por no haber sido cursada la invitación acordada en principio.

El año actual se invitó al padre Laburu a dar la conferencia, extremo que no negamos en nuestro primitivo relato, con la indicación de que el conferenciente se ciñera a asuntos científicos apropiados al espíritu de la Academia. En el seno de la Junta de Gobierno de la Academia se debatió ampliamente si la conferencia debiera celebrarse en los locales habituales o en un lugar público, y cuando prevalecía la opinión primera el presidente, Sr. Mendaza, expuso que el padre Laburu había manifestado su deseo de que la conferencia se celebrase en el paraninfo del Instituto, accediéndose entonces a esta excepcional petición.

Esta relación comprobable difiere bien poco de la primera, como podrán observar el lector y *La Gaceta*, y estamos dispuestos a sostenerla ante el único organismo autorizado para aclararla.

¡E pur si muove!

DR. JUSTO GARATE.

LA BIOLOGÍA DEL PADRE LABURU

El gobernador civil da por terminada la controversia

En los periódicos de la tarde del día 6 de marzo, se publicó la siguiente nota oficiosa:

«En vista de que la controversia que desde hace unos días vienen sosteniendo los diarios *La Gaceta del Norte* y *El Liberal* respecto a la conferencia que dió en el Paraninfo del Instituto de Alfonso XIII el reverendo Padre Laburu ha llegado ya a extremos violentos de lenguaje, haciéndose intervenir en la misma a organismos y personas completamente ajenos a la iniciación de la misma, y como quiera que los principales puntos básicos han sido ya más que suficientemente expuestos, al objeto de evitar ulteriores y nuevas determinaciones, el excelentísimo señor gobernador civil ha dispuesto que se dé por terminada la referida controversia, no permitiéndose nuevas publicaciones que tengan directa o indirectamente relación con este asunto».

ASTERISCOS

Otro acumulador maravilloso

No se sabe qué haya sido del maravilloso acumulador del padre Almendro. Es posible que jaleó el invento a indicio sus méritos guarda ahora el silencio más circunscrito. ¡Pues hay la discrecional! Pero lo que en una tribuna bilbaina ha sucedido seguramente de lo que se esperaba, otro acumulador: el del doctor José María Rodríguez, que sigue en marcha.

Se trata del profesor Rodríguez, ^{co-dicior} especializado sobre biología. Los amigos con que se lo ha citado son estos: «sabio biólogo», «ilustre sabio», «agoría de la ciencia». Para algo es «sabio» Laburu, y no «sabio» Laburu. Rodríguez igualmente nuestro ammirado sínrgo Jiménez Aedo, y «El Deber» se comportaría con él de una manera más cortés y considerada. No lo es, y tiene que alinearse a las consecuencias, y las consecuencias no pueden ser, en sustancia, más sanguinarias.

Tan regocijadas, por lo menos, como la conferencia del «sabio biólogo» padre Laburu, a quien en su profesional, nosotros no, le puso en trance de presentar la dimisión como sabio. Por lo pronto, se le quitaron la peana que a golpe de adjetivos le fabricaron los periódicos católicos. Según el crítico—dicíor don Justo Gernate—, el «sabio» no es otra cosa que un deficientísimo divulgador, deficientísimo porque carece de aquella información elemental a quien pretende resumir en una fachón los avances de la biología y los puntos en que ésta está, al presente, contenida. «Hombre sin noticias», mundo a escusarse. Este alborismo de Gracián nos vuelve al recuerdo al less: «toda debe decirse, con suma complacencia, el fracaso del sabio biólogo», para de los piezas maestras de la Compañía de Jesús.

COMENTARIOS DE LA PRENSA

ASTERISCOS

Otro acumulador maravilloso

No se sabe qué haya sido del maravilloso acumulador del padre Almeida. La prensa que jaleó el invento e indicó sus méritos guarda ahora el silencio más circunspecto. ¡Bien haya la discreción! Pero he aquí que en una tribuna bilbaína ha surgido cuando menos se esperaba, otro acumulador maravilloso. Ya está, por supuesto, el genio en marcha. Se trata del padre Laburu, que ha disertado, ante un público docto, especializado sobre biología. Los títulos con que se le ha citado son estos: «sabio biólogo», «ilustre sabio», «gloria de la ciencia». Para algo es «padre» Laburu, y no «señor» Laburu. Fuéralo igualmente nuestro amerritado amigo Jiménez Asúa, y «El Debate» se comportaría con él de una manera más cortés y considerada. No lo es, y tiene que atenerse a las consecuencias. Y las consecuencias no pueden ser, en sustancia, más regocijadas.

Tan regocijadas, por lo menos, como la conferencia del «sabio biólogo» padre Laburu, a quien un profesional, nosotros no, ha puesto en trance de presentar la dimisión como sabio. Por lo pronto, se ha quitado la peana que a golpe de adjetivos le fabricaron los periódicos católicos. Según el crítico—doctor don Justo Garate—, el tal «sabio» no es otra cosa que un deficiente divulgador, deficiente porque carece de aquella información elemental a quien pretende resumir en una lección los avances de la biología y los puntos en que ésta está, al presente, contenida. «Hombre sin noticias, mundo a oscuras». Este aforismo de Gracián nos venía al recuerdo al leer, todo debe decirse, con suma complacencia, el fracaso del «sabio biólogo», otra de las piezas maestras de la Compañía de Jesús.

.... ¿Por qué con complacencia? Hubiera sido un agustino, un dominico, un franciscano, y el sentimiento de alegría por su fracaso no se habría producido en nosotros. En fin de cuentas, un fraile es más inocuo dedicado a la ciencia que ocupado en la conversión de incrédulos. La Historia debe gratitud a muchos frailes, y la cultura a muchos monasterios. Lo tenemos en cuenta. Pero, amigos, esas cotizaciones que para sus científicos consigue la S. J. son, francamente, despreciables. No tienen en ningún caso, relación con el mérito auténtico; son producto de una publicidad terca y sistemática, de una manera inmoral de entender la ciencia, que, en definitiva, es un carril de auténtica moralidad.

Ese padre Laburu no es otra cosa que una víctima de la orden. Es, en plano de mayor modestia, un padre Almeida. Aquí el acumulador es la biología. La ciencia de moda. Era imprescindible que de los cuarteles jesuítas saliera un cultivador de ella. No un cultivador cualquiera. Era preciso que acusase perfil de genialidad. Garra de león. El león ha resultado gato. El tío Paco ha venido con sus descuentos, y el suceso ha quedado reducido a sus justas proporciones. Ni grandes ni pequeñas. Algo peor. Vulgares. Y si algo no puede disculparse en el alto deporte de la ciencia, es la vulgaridad, el lugar común, la repetición sin gracia.

Y éos son, cabalmente, los delitos de este sabio biólogo del campamento jesuítico, que no lleva camino de entorpecer a Kircher.

Y éos son, cabalmente, los delitos de este sabio biólogo del campamento jesuítico, que no lleva camino de entorpecer a Kircher.

Y éos son, cabalmente, los delitos de este sabio biólogo del campamento jesuítico, que no lleva camino de entorpecer a Kircher.

UN TRABAJO PERIODÍSTICO

Ha sido comentado muy favorablemente en esta localidad el trabajo que el joven Dr. D. Justo Garate publicó en *El Liberal* de Bilbao del día 15 del corriente comentando a su vez la conferencia que el Padre Laboru dió en el Instituto de la invicta villa acerca de la «Psicofisiología comparada».

He ahí retratada la «rebeldía» que, según el Dr. Marañón, debe tener todo joven, no aceptando lo consagrado o lo que como tal aparezca, sin previo examen y juicio propio, desde luego documentándose y teniendo la sinceridad de expresarlos en público, aunque del mismo resulte, como en el caso actual ocurre, la necesidad de rectificación de títulos que muy poco doctos conceden en materia científica, expresados con todo el respeto que merece la situación que ocupa el conferenciante, pero con todo el rigor que reclama la materia científica que se trata.

Muy bien, amigo Garate, y a continuar por ese camino.

Algunos días más tarde en *El Liberal* se publicó el trabajo del Dr. Justo Garate en este sentido de los conflictos de la juventud. Difunto generalmente. Muy interesado en ciencias biológicas, bien biocéntricas de acuerdo con la gran tradición que en su día tuvo su excelencia en el Ateneo, Vizcaíno, en su joven etapa, con el título de “El trabajo, para el *La Gaceta del Norte* llamó a la atención de su biólogo, Erroneamente, por su presentación con ineptitud, como se ve en todo el joven de la mente tan inadecuada. ¿Qué deben evitarse, los jóvenes, de producciones de cultura biológica?

Y claramente tienen en *El Desperdicio*, el de *La Gaceta del Norte*, para desperdiciar la juventud.

“Sólo somos nosotros, modernos periodistas—lo ha replicado a todo prisas—, no somos fisiólogos, los de *La Gaceta*, los que hemos llevando lo de la enfermería científica del P. Laboru, sino... Marañón. El propio

CUARESMALES

Atoz pekatariya.--En la Residencia.--El Padre Laburu.

¿El biólogo?--Desde luego, el conferenciante artista.

—¿Dónde va D. Braulio tan de prisa?

—Aquí, a la Residencia. A ver qué nos dice hoy el P. Laburu. ¿Y usted?

—Yo voy al cine. Esta noche dan «Los siete misterios de los amores del forzado». Una película soberbia. A mí el cine me encanta.

—Pero, ¿no ha estado usted esta mañana a comulgar? ¡Un poco de... concordancia! ¿Se olvida usted de que estamos en Cuaresma? ¿Qué clase de católico-apostólico-romano es usted?

—Pues es verdad. Y eso que mi mujercita me lo advirtió anteayer: «Mira, Simón, que el P. Laburu es un sabio».

—Es un «as» en esto de las conferencias religiosas. Talento generalizador. Muy entendido en ciencia biológica. En Bilbao ha debido de armar la gran marimorena con motivo de una conferencia en el Ateneo. Verá usted: un joven crítico se ha metido con él, con el P. Laburu, por si *La Gaceta del Norte* llamó a éste eminente biólogo. ¿Eminente? — salió preguntando con retintín, desde otro diario, el joven de la tertulia intelectual. «¡Qué saben ustedes, los periodistas, de mediciones de cultura biológica».

Y claro: ¡bueno es «Desperdicios», el de *La Gaceta del Norte!*, para desperdiciar la cuyuntura.

«No somos nosotros, modestos periodistas —le ha replicado a toda prisa—, no somos nosotros, los de *La Gaceta*, los que hemos inventado lo de la eminencia científica del P. Laburu, sino... Marañón. El propio

pontífice máximo de tanda de ustedes, los izquierdistas, quien ha sostenido, con autoridad indiscutible en la especialidad, que el P. Laburu es un hombre fundamentalmente sabio, con ciencia no sólo de la asimilada, sino de la propia cosecha». Lo más curioso es esto; el crítico, implacable, ha dicho que los elogios de cierta altura deben reservarse para hombres del mérito de un Achúcarro, el malogrado sabio bilbaíno. Y ahora resulta que, precisamente, el mismo Achúcarro había tenido también un día, para el P. Laburu, elogios parejos a los que el gran Marañón acaba de prodigarle.

—¿Y es este P. Laburu el mismo de las conferencias de estos días en la Residencia de San Sebastián?

—El mismo. El P. Laburu es bilbaíno. De familia muy conocida. Joven, mundano, estudiante en París, vivía en compañía de otro estudiante muy amigo... y algo torcido (el amigo, ¿eh?). «Esta es la última fiesta a que acudo. Voy a despedirme de mis amigos —prometió el compañero a su padre que le reconvenía seriamente—; desde mañana entré en una vida de seria regeneración».

Aquella misma noche (la última fiesta, en efecto) le llevaron muerto violentamente del baile a su casa.

Al joven Laburu tenía que impresionarle el trágico suceso de su amigo y compañero de estudios. Entonces recibió los primeros consuelos de la Religión en el despertar repentino de su vocación. Se hizo jesuita. Ahí lo tiene usted. Es el predicador de moda. Le oí ayer. Prefiero pasar el rato volviendo a oirle en la Residencia que no yendo a ver «Los siete misterios de los amores de un forzado».

—Tiene usted razón. Le acompañó. Así como así, estoy embruteciéndome con tanto jugar al chameleo, tanto hablar de Uzcudun y tanta película truculenta.

—No le vendrá mal un chapuzón espiritual esta semana. Verá usted cómo le atrae el P. Laburu. Subyuga su modo de «decir». Es de una elocuencia natural, admirable. Persuade, amablemente, suavemente, con ejemplos de acierto singular. Maneja el claroscuro sin grandilocuencias que abrumen. Mucha finura. Mucho arte en el modo declamatorio. Yo no sabría decir si es un biólogo. Pero aseguro a usted que hablando es un artista.

—Vamos a verlo.

Achúcarro y “El Pueblo Vasco” de San Sebastián

En términos muy cariñosos nos alude *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián, y en la alusión aparece el nombre de un bilbaíno insigne en el campo de la ciencia, el Dr. Achúcarro, muerto en la flor de la edad y cuando ya sus trabajos habían pasado las fronteras y era su nombre conocido en los centros más doctos de Alemania.

En cuanto a las relaciones científicas entre el finado Dr. Achúcarro y el reverendo Padre Laburu, otra gloria nacional en el campo de la Biología, sólo podemos decir a nuestro estimado colega donostiarra, que precisamente el ilustre Dr. Marañón, en el magnífico discurso con que presentó al sabio jesuíta a la Real Academia de Medicina, alude a ellas en palabras llenas de afecto para Achúcarro y para el Padre Laburu.

Se refiere Marañón a los días en que se fundó la Academia de Biología Española y dice que precisamente fué el Dr. Achúcarro el que en distintas ocasiones le llamó la atención sobre los interesantísimos trabajos de su paisano, pues, como recuerda muy bien *El Pueblo Vasco*, también el Padre Laburu es bilbaíno.

Al evocar el nombre del Dr. Achúcarro, se nos viene a la memoria un detalle tan curioso como edificante: en la primer conferencia de orden científico que dió el Padre Laburu en Bilbao tuvo el delicado rasgo de proyectar en la pantalla el retrato del ilustre finado y de *declinar* el homenaje de unas sentidas palabras de encomio a su positiva labor científica. Bien claro se advirtió que al elogiar al hombre de estudio y de ciencia no había influido en el ánimo del insigne jesuíta ningún otro orden de consideraciones. Y no olvidamos que aquel gesto de llana nobleza fué muy celebrado por cuantos acudieron a la conferencia. Esto es cuanto sabemos del punto que interesa a *El Pueblo Vasco* de San Sebastián.

Achúcarro y el Padre Laburu

Una aclaración necesaria

Se deslizó ayer una errata que queremos subsanar, en el suelto en que respondiendo a una amable alusión de *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián, referíamos las relaciones científicas entre el insigne finado doctor Achúcarro y el eminente biólogo P. Laburu, autor de obras que, como *Origen y evolución de la vida*, han contribuído poderosamente a elevar el nivel cultural de España y nos han acercado, en frase de Marañón, a los grandes Centros científicos del mundo.

Escribimos nosotros que el sabio jesuíta en su primera conferencia científica en Bilbao tuvo el rasgo, muy alabado por cuantos le escucharon de dedicar el homenaje de unas palabras de encomio al Dr. Achúcarro, cuyo retrato había proyectado en la pantalla, y el linotipista, por culpa evidente de la pésima letra del autor del suelto, en vez de *dedicar*, compuso *declinar*, con lo que se nos hacía decir lo contrario de lo que queríamos y, por consiguiente, de la verdad.

Algunas y el Padre Lapuru

Una aclaración necesaria

Se deslizó ayer una noticia que denotaos superiores en el sentido en que desbordó a una simple avisión de El Vesubio Nasco, de San Sebastián, relativa a las elecciones consulares entre el presidente y el vicepresidente de la República. La noticia de que el Almirante y el ministro Pío Gómez P. Lapuru, autor de opus de como Orláez y Alvarado en la lucha por constituyentes, y que se presentó en el nivel constitucional de Páez y su hermano, en la base de Mérida, hoy, a los dirigentes Constituyentes del mundo.

Escribiónos Vozotz que el seño Lapuru es un brillante consulente cienífico en Biología tanto en lazo, muy apresado por cráneos de escena-los de geólogos y paleontólogos de sucesos de su ocurrencia al Dr. Víctorino, como historio papis paleontólogos en la paleontología, y el mineralista, que cubría asiduamente la península leña del sur de Santander, en vez de geología, compuso geología, con lo que nos pone de cerca la constitución de lo que denotan los, los constituyentes de la vertebra.

“El Socialista”

ASTERISCOS

Sigue el acumulador biológico

El padre Laburu no se resigna a que un crítico ecuánime, ponderando, justo, le ponga, con buen rigor científico, unos cuantos reparos fundamentales. No le place, al parecer, el título de aficionado a la biología. Necesita, con todas las potencias de su alma, el de sabio biólogo para tranquilizar su vanidad de jesuíta. El episodio es para paladeado con cierta fruición. En una nota anterior dimos la razón. En ésta no podemos conformarnos con menos de apuntar el éxito del Dr. D. Justo Garate, que es quien hace oficios, en la polémica, de crítico. Y es tanto más estimable ese éxito cuanto que el padre Laburu ha encontrado en la agilidad periodística de *La Gaceta del Norte* un aliado de mucha fuerza. Pero la contienda no es, precisamente, de habilidades, sino de razones, y de razones científicas, y es claro que ese terreno no es el más accesible para un periodista, por muy grande que sea su malicia y su destreza para discutir. Eso sin contar con que al crítico del padre Laburu no se le enfrían las palabras en las cuartillas. Su estilo limpio, ceñido, preciso, le consiente llevar la discusión sin cansancio.

¿Es o no es el padre Laburu un biólogo de primera, «un sabio biólogo»? Sus valedores—acaso él mismo desde un socorrido anonimato—aducen, como prueba concluyente de la auténtica sabiduría del padre jesuíta, unos corteses comentarios del Dr. Marañón a dos libros de aquél. Bien. Por lo pronto hay aquí algo que nos conviene subrayar. El reconocimiento de la personalidad científica del Dr. Marañón, a quien se le supone en condiciones de poder discernir méritos ajenos, así sean los de un jesuíta. Esta concesión no es pequeña. Cuanto más alta la fama de Marañón, tanto más elevada resulta la concesión. Un pequeño detalle acla-

rará la aparente paradoja. Pongamos junto a Marañón una figura literaria que pueda emparejar con su gloria científica. Inmediatamente nos acude un nombre. Ramón Pérez de Ayala. Sigamos. Si tratásemos de premiar con un título cualquiera, con una distinción, un mérito científico, ¿sería Marañón o el padre Laburu el agraciado? No se trata de premio científico, sino de premio literario, y vemos que el agraciado no es Pérez de Ayala, sino un tal Amezúa, que en lo literario vale lo que el padre Laburu en lo científico.

Pero lo que del padre Laburu ha escrito, en un momento de cortés complacencia, el Dr. Marañón, no es, precisamente, para echar las campanas al vuelo. Se lo ha advertido, con muy buenas razones, el Dr. Gárate. Claro que aun así el padre Laburu puede seguir creyendo en su sabiduría. Mas los que hemos leído la contienda estamos en el secreto, no de su sabiduría, sino de sus aficiones. Y de su vanidad. Porque no se nos querrá hacer creer que no es él mismo quien ha salido en propia defensa... anónima o embozadamente. Y esto es lo regocijante. Porque la defensa de la ciencia del padre Laburu nos ha traído al recuerdo a un abogado vizcaíno que en su primera defensa de un delincuente no se conformó con la pena que solicitara el fiscal, sino que, a título de abogado defensor, la amplió, aumentando los años de reclusión. De la estirpe de aquel abogado—pronto hará un año que murió en el Hospital de Bilbao—tiene madera quien ha asumido la defensa de los méritos biológicos del padre Laburu, que parece haber confundido la biología con la avicultura, como su hermano también confundió el acumulador con los encendedores automáticos.

HECHOS Y DICHOS

—Están dos caballeros hablando en la calle. Se están diciendo verdades. Las verdades, sobre todo si son las acreditadísimas del barquero, tienen de por sí la natural violencia de fondo, no de forma. El que pide pan dice ¡PAN!—onomatopeya de un disparo—, nunca: masa de harina fermentada y después cocida en horno que llevan a domicilio unas mujeres llamadas repartidoras o que se vende en unos establecimientos conocidos por el nombre de panaderías. Ni el que quiere vino lo reclama en la taberna diciendo: déme usted, si le place, un vaso de ese licor alcohólico (tinto o blanco), procedente del zumo de la uva (mosto), cuya fermentación haya terminado; sino que dice: ¡A ver! ¡Un chiquito!...

—Están, pues, hablando esos dos caballeros. Y llamando al pan, pan, y al vino, vino. La gente les oye. La circulación no se interrumpe. No se forman grupos. Los espectadores de la charla no toman parte ni en pro del uno ni en favor del otro. Escuchan y luego comentan en el café, en sus casas, en las oficinas, en sus círculos. Cada cual da razón a cada cual. O se la quita. Los caballeros siguen hablando. De pronto, uno de ellos:

—Espere un instante. Por allí pasa nuestro común amigo D. Fulano; sí, y con él viene D. Mengano. Ambos pueden testificar si lo que yo afirmo es cierto.

D. Fulano y D. Mengano se acercan y testifican.

A todo esto, no sigue pasando nada. Cabalmente ocurre todo ello en un tiempo de dolorosa falta de temas interesantes de conversación. No porque falten, sino porque está prohibido tocarlos. La aridez forzada de una vida así agradece el hallazgo de asuntos conversables, que gustan porque son locales, porque todo el mundo, directa o indirectamente, sabe algo de ellos ya. El futbolismo, el boxeo, por ejemplo, dan lugar a

charlas muchísimo más animadas y violentas. A reuniones y actos en que miles de almas vociferan. Y tampoco pasa nada.

Pero, bruscamente, súbitamente, un oyente se mete entre los dos caballeros. Les empuja, les separa, les deja con la palabra en la boca, porque él entiende que ya se habló bastante y para evitar mayores males. Sin duda el mal de que resplandezca la verdad. Los caballeros callan y se va cada uno por su lado. Se ha procedido con ellos como en el boxeo. ¡Time!... sin esperar al final del match. Y no eran perros que se mordían en medio del arroyo. Ni pugilistas por obtener un campeonato. Ni verduleras exaltadas y escandalosas. Se trataba sólo de que un equilibrio alterado se restableciera. De un caso justísimo de «*suum cuique*».

* * *

Pronto, dentro de cinco días, el R. P. Pérez del Pulgar, de la Compañía de Jesús, director del Instituto Católico de Artes e Industrias de Madrid, invitado por la Asociación de Ingenieros, dará una conferencia sobre el tema de la «Producción y distribución de la energía eléctrica en España en los momentos actuales».

Es un acierto enorme, de enorme actualidad, el de nuestro colega *La Gaceta del Norte*, el de publicar a continuación de tal noticia lo poco de lo mucho que vale el P. Pérez del Pulgar, dice la «Enciclopedia Espasa», esta excelente enciclopedia, cuya lentísima, necesariamente lentísima publicación no le permite—pero ya vendrán los apéndices más tarde—alcanzar a los que han de tener lugar merecido en ella, sólo porque su apellido empieza por una letra tal que ya la había rebasado la enciclopedia cuando ellos comenzaron a ser sabios...

Probablemente si aquellos dos caballeros hubiesen tenido en el «Espasa» lo que el «Espasa» consignará en su día, no hubiera pasado nada.

Ni pasara tampoco si el agente que les cortó el palique hubiera intervenido a tiempo, cuando todavía no era palique, sino cuando uno de los caballeros, porque sí, empezó a meterse en camisa de once varas. Ya saben los agentes intervenir bien a tiempo en otros paliques cuando se trata de otras materias...

Que nos lo vengan a preguntar a nosotros, ¿verdad, colegas?...

EPILOGO

No queremos hacer comentarios que dejamos libremente a cargo del lector. Tan sólo le deseamos explicar algunos hechos que la prohibición gubernativa nos impidió entonces hacerlo.

Al publicar mi segundo artículo, hubo dos colegas míos que instados para que interviniieran en la Prensa no se atrevieron a hacerlo y optaron por el más cómodo medio de tantear a algún directivo de la *Academia*, para ver si esta podía intervenir contra mí, pero el intento resultó fallido.

Publicado el tercero mío y siendo muy fuerte la pasión que el asunto despertó y aún más la envidia de quienes no conciben otro medio de destacar en la profesión que el de la cronicidad en el subir escaleras y doblar espaldas, se creyó hallar en alguna inexactitud de mi tercer artículo un pretexto para que la Academia de Ciencias Médicas de Bilbao procediera contra mí.

Debo prevenir al lector que el relato de las relaciones entre la Academia y el P. Laburu, me fué hecho por persona que ocupó elevado cargo en la misma y cuyo valer científico es muy apreciado; y que yo en nada alteré dicho relato.

En la respuesta del Dr. Camiña no hay sino una *parte de la verdad*, pues según lo reconoció él mismo en presencia del Dr. Guimón y mía, habiendo sido de sólo un voto la mayoría para la invitación al P. Laburu y temiendo que el asunto ocasionara disensiones en la Academia dió carpetazo al mismo; de ahí que mi informante creyera se había tramitado sin resultado dicha invitación.

El día 2 de marzo disertó en nuestra Academia mi culto amigo el Dr. Alvaro Arciniega y a renglón seguido se reunieron los académicos en sesión anormal por no convocada conforme al reglamento; en ella el Presidente Sr. Mendaza expuso que mi relato contenía algunos errores y se hicieron con este motivo alusiones a la controversia misma, que fue-

ron retiradas, después de corta discusión. Al manifestar la presidencia la conveniencia de que se hiciera una rectificación pública, estimaron varios académicos presentes que no la consideraban oportuna sin que precediera una entrevista conmigo, prevaleciendo esta opinión, y aceptándola el presidente y quienes opinaban como él, asegurando que no recurrirían por su parte a una rectificación pública de los errores de la información, si yo rectificaba los extremos inexactos del relato. Entre quienes me defendieron se hallaban los Dres. López Albo, Errazu y Viar que probaron que la junta era antirreglamentaria.

El día 9 de marzo hubo sesión en la Academia y en ella al exponer mi querido amigo el Dr. Guimón la cuestión, interviniémos los Sres. Mendaza, Camiña, Errazu y yo, pero estando la presidencia decidida a levantar la sesión y habiéndose originado un tumulto, fué aquella levantada.

Pocos días más tarde nos entrevistamos con el Sr. Camiña en presencia del Dr. Guimón y desde aquel momento cambió la conducta de dicho señor que fué en adelante caballerosa para conmigo. Nos manifestó que su buena fe había sido sorprendida y que habiendo aquella misma tarde reunión de la Directiva de la Academia, iba a acudir a ella a pedir la dimisión del Sr. Mendaza o una satisfacción amplia.

Poco más tarde me llamaron la Junta de Gobierno y el Sr. Camiña y sin casi preceder discusión alguna, yo dicté el texto de la nota de desagravio que firmamos el presidente Sr. Mendaza y yo. Zanjado pues el asunto y habiéndosenos invocado reiteradas veces el nombre de la Academia amenazada en su ulterior funcionamiento, cenamos juntos la Junta de Gobierno, los Sres. Guimón, Camiña, Errazu y yo.

El día 16 leí en los locales de la Academia mi conferencia sobre «La teoría triglandular de la secreción urinaria» para evidenciar el que no sólo censuraba sino que también me exponía a censuras que entonces no fueron impresas en parte alguna.

Esta conferencia fué precedida de la lectura del presidente Sr. Mendaza de una nota que se acordó insertar en el Libro de Actas de la Academia de Medicina y que decía que: «Habiendo oído al Sr. Garate la Junta de Gobierno en pleno, reunida con este fin, reconoce que la rectificación del Sr. Garate en *El Liberal*, fué suficiente y que por ello holgaban las cartas cursadas por académicos a los periódicos». Reconocieron así mismo la caballerosidad y nobleza con que yo había procedido en la controversia, y unos siete meses más tarde me hicieron miembro de la Junta Directiva.

Comencé a ejercer mi profesión tras los días de la polémica y desde

entonces hasta fin del año 1928 (en que aquella tuvo lugar) traté 180 enfermos distintos en mi clientela privada, la inmensa mayoría de ellos en mi consulta.

Si hubieran pues sido el egoísmo y la propaganda mis móviles, no hubiera la discusión podido serme más fructífera, de no recurrir, claro es, a métodos curanderiles; ¡y ello después de tanto negro augurio!

Habría ya pasado un año, cuando cierto día se presentó un enfermo en mi consulta y al preguntarle su nombre me dijo: «Soy la persona a quien debe V. la mayor parte de su clientela» y me explicó que era quien había escrito con el pseudónimo de Juan González García. Hoy somos muy buenos amigos y le agradezco mucho su cariñosa adhesión, absteniéndome de insertar sus juicios acerca de la polémica para que no se achaque a inmodestia por mi parte.

Poco tiempo después se me presentaron dos colegas a preguntarme si dado caso de que la Cofradía de S. Cosme y S. Damián invitara al P. Laburu a que les diera un sermón, intervendría yo contra éste. Me asombré de semejante pregunta, en la que aparecen tan involucrados los conceptos religioso y científico, sin haber escarmentado del espantoso ridículo que el haberlos confundido (aleados de patriotismo) occasionó en el caso del P. Almeida quien habló en un frontón de San Sebastián ante miles de personas—sin más conocimientos de electricidad que los que pudieran suministrarles el cine, el foot-ball y los diarios—de su archifamoso acumulador, ya sepultado en el olvido.

Señorita tuve en mi consulta que porque a sus instancias visité gratuitamente a algún enfermo pobre y le dí medicamentos, me hablaba ya de contárselo a cierto religioso, a lo que me opuse diciendo que yo no hacía caridad para que lo supieran determinadas personas sino tan solo por satisfacción íntima.

* * *

Huelga el advertir que yo no tengo encono alguno personal para el P. Laburu, quien no ha sido sino la localización del sectarismo científico que luego ha hecho florecer el absurdo del asuerismo en el que lo más lamentable ha sido la gran cantidad de médicos que *han creído en ello de buena fe*.

Sin embargo tampoco estoy convencido de que todo religioso hace las cosas *ad majorem Dei gloriam* sino que también se da el caso del *ad majorem mei gloriam* y quien lo dude no tiene sino leer el artículo *Núcleo* de la Enciclopedia Espasa. Se decía por aquel tiempo que los jesuítas no pueden polemizar pero poco después hemos visto cómo el P. Pujiula ha contendido sobre «El aborto terapéutico».

Más tarde se han querido presentar como grandes triunfos del padre Laburu sus conferencias en Puerto Rico (donde por la lucha del castellano con el inglés gozan de gran simpatía los oradores en castellano) y en Venezuela (con su escasísimo porcentaje de blancos) que no son precisamente la Sorbonne. En Bilbao no ha vuelto a hablar el P. Laburu de Biología como no sea ante señoras y con tarjetas de invitación.

Que no me mueve animadversión alguna contra la Compañía lo prueban—aparte de otras cosas—los elogios, tanto propios como traducidos del alemán y del inglés, que he insertado más de una vez en revistas de diversas clases. Elogios que no han originado polémicas, por cierto.

En el texto único de «Historia de la Civilización española» de J. Yela Utrilla y pág. 492 leemos: «Como biólogos citaremos a los padres Zácarías Martínez y Pujiula y a Turró, brillando sobre ellos y como primera figura de las ciencias españolas de experimentación el sabio histólogo Ramón y Cajal» ¿No es esto sectarismo en un texto oficial, que no debiera olvidar a del Río Hortega, Achúcarro, Gallego, Bellido, Lorente de No y otros (1) biólogos *experimentales*?

Desde este lugar quiero, para terminar, expresar mi vivo agradecimiento a los Sres. Prieto y Mourlane Michelena por la hospitalidad irreprochable que me concedieron en su diario.

Esta conferencia fue precedida de la lectura del presidente Sr. Melé (1) Cita en Fisiología a D. Augusto Pi Suñer y en Antropología a mi paisano D. Telesforo Aranzadi, a ambos muy merecidamente.

Los informes bien que no presentan como grandes éxitos de biología marina sus confecciones sobre Paseo Real, realizadas por la tarde del viernes 10 de junio, al luglar donde él posee su casa. Los resultados han sido elogiosos y en Venecuela-Tucumán se han obtenido numerosos fitopláncton. Entre los más interesantes la botulina, las Diatomeas, las algas y bacterias del P. La Plata. De los logros como los que se han obtenido se han valido de los luglars.

Que no nos olvidemos asimismo que en su informe la Comisión de Biología, lo proclama —aparte de otras cosas— los luglars como propios éxitos trascendentales del informe —del trío que los llevó— porque más de una vez se han visto de directa clase. Ellegan éstos no bien, solamente polémicas, por cierto.

En el informe titulado de *Historia de la Científica marina española* de J. M. de la Hoz y pag. 472 leemos: «Como luglars sobresalen a los demás José María Marín, Alfonso y A. Lugo, biólogos sobre ellos y como principales luglars de las ciencias españolas de experimentación el maestro Biólogo Ramón y Cegla que asistió a su formación en su etapa oficial, nos ha dejado a sueldo a del Río Horcada, Achúcaro, Collado, Bellido, Lirioz de M. y otros (1) biólogos experimentados».

Desde este lugar queremos, para terminar, expresar una viva agradecimiento a los señores Prieto y Montero Michelena por la hospitalidad prestada habiéndose una conciencia en su juicio.

(1) Cita en Biología a D. Augusto P. Soto y en *Avances de la ciencia* D. Teodoro Zúñiga y su libro *que trae idéntico*.



